TERESA DE LA PARRA

# CARTAS

*las publica*

**Cruz del Sur**

*librería - Caracas*

# TERESA DE LA PARRA

# CARTAS

TERESA DE LA PARRA

# CARTAS

PROLOGO DE
MARIANO PICON-SALAS

*edición de la librería*
*CRUZ del SUR*





# PROLOGO

En sus finas ediciones que recuerdan las que hacían a mano los tipógrafos holandeses, la Editorial "Cruz del Sur" lanza un manojo de cartas escogidas de Teresa de la Parra, como anticipo de lo que será en el futuro el "Epistolario" completo de nuestra grande escritora. (Habrá que pedirle a Gabriela Mistral, a Lydia Cabrera, a Luis Eduardo Nieto Caballero y a otras personalidades americanas algunos de los papeles que deben guardar de Teresa, para que se vea en más amplia abundancia cuánto significó en este arte difícil, nervioso, vital y grácil —sustituto escrito de la buena conversación— el talento de la autora de "Las memorias de Mamá Blanca". Como en toda vida hermosa, en la de esta encantadora Musa caraqueña hubo gloria, esplendor, padecimiento y melancolía; y ella a ratos ha sido su propia biógrafa). En una muy selecta antología de la epístola española abierta con su tocaya la monja de Avila y conti-

nuada a través de la historia de la lengua con otros grandes nombres que tuvieron la gracia o el fuego comunicativo que exige la literatura epistolar, ha de figurar Teresa. No todos los grandes escritores son hábiles y entretenidos corresponsales, y las cartas de Góngora, por ejemplo, rezuman tristeza, áspera soledad e hipocondría, así como las de Proust son serviles y relamidas. En Hispano-América, Bolívar y Martí son espléndidos escritores epistolares porque al primero se le ve hablar, atisbar, adivinar y dar órdenes al través de su correspondencia, como la del cubano tiene todo el ímpetu y al mismo tiempo, la ternura, de sú rica vida interior.

Nos sentamos un rato a conversar con Teresa a través de estas cartas impregnadas de la misma agilidad y volatilizada gracia de aquellas dos pequeñas obras maestras que se llaman "Ifigenia" y "Las memorias de Mamá Blanca". Ifigenia equivaldrá siempre en nuestras letras a una especie de "Madame de Clèves" venezolana con toda la agudeza psicológica, cristalino lenguaje y hondura introspectiva de la clásica obra francesa. Y "Las memorias de Mamá Blanca" emanan como pocos libros venezolanos una fragancia solariega, un olor de tradición matizado de poesía y de sonrisa, una vertiente de buen folklore, ejemplarmente nativo —si no fuera también universal— como los cuentos de Andersen o las leyendas de Selma Lagerlof. Por su estilo y su fantasía, Teresa es uno de los nombres que Venezuela puede delegar a la Literatura del mundo. ¡Y qué bonita delegada hace (aunque haya muerto tempranamente)

entre tantos escritores célebres pero arrugados y cavilosos, esta encantadora venezolana que tenía, simultáneamente, espíritu de düende y de angel!

Recuerdo cuando la conocí —siendo yo un muchacho de expresión demasiado provincial y balbuciente— en la Caracas de 1921. No había publicado aún Teresa la primera y esquemática versión de "Ifigenia" que se llamaba originalmente "Diario de una señorita que se fastidia", pero era secreto a voces que tan hermosa mujer a quien se veía en todas las fiestas con sus espléndidos ojos y su aire de joven marquesa española que se vistiera en París, estaba escribiendo una misteriosa crónica lírica, sentimental, irónica y amable de nuestra sociedad criolla. Y ya en la conversación se le deslizaban los rasgos de algunos personajes. Usaron las damas de 1921 —en un curioso paréntesis de las primeras enaguas cortas de las postguerra y de las melenas "garzon" de 1924— unos trajes largos, de estrecha cintura y acampanada falda que estilizaba vagamente las crinolinas de nuestras abuelas, y que sentaban muy bien a aquella mujer esbelta, con algo de estatua praxiteliana que se llamaba en sociedad Ana Teresa Parra Sanojo. Había, además, en su elegancia y sus gestos, aquello que sólo se puede traducir por la palabra española "solera"; es decir Cultura que se lleva en la sangre, tradición y linaje espiritual en el mejor sentido. Oirla hablar era singularísimo deleite. Porque en un español que corrigió su languidez tropical en largas permanencias madrileñas, Teresa hacía leve lo serio. Amaba con pasión de artista el paisaje de Caracas; lo compa-

raba con otros que encantaron sus ojos de viajera —el de la vega de Granada, el de las colinas de Florencia— y deducía, gentilmente, el carácter caraqueño por la riente gracia del valle. Otras veces parecía una Historia viva como si todos los magníficos fantasmas de su infancia —los que después recogerá en "Las memorias de Mamá Blanca"— le estuvieran soplando y avivando su haz de encantados cuentos. Y Teresa, musa de la mejor tradición venezolana, podía contarnos porque lo oyó de sus abuelas o de las viejas criadas, descendientes de las más locuaces manumisas, episodios y anécdotas que remontaban a un siglo atrás. Hasta el dolor, el estoicismo y cierta elegancia venezolana de antigua estirpe —la que ejemplariza la figura del tío Pancho en "Ifigenia"— se asociaba a tradicionales nombres propios, a paladines y bellas mujeres del tiempo romántico; a la pobreza decente de otras familias defendiendo el decoro y la dignidad; a este continuo azar donde lo épico se mezcla con lo lírico, de la aventurera y a veces, desventurada, Historia nacional.

Todo expresado —antes de ordenarlo en los libros— en un prodigioso idioma. La conversación de Teresa sabía fundir —como después su prosa literaria— ese Español rico y concreto, síntesis maravillosa de su aprendizaje madrileño, del más anecdótico y vivaz criollismo, con ese poquito de espíritu francés que en los hispano-americanos más refinados suaviza los colores demasiado fuertes o las antítesis violentas del alma castellana. Era una ventaja que contra el engolamiento y el excesivo decorativismo en que cayeron algunos

de nuestros modernistas, ella no tomara al principio, con demasiada seriedad, su oficio literario. Y a la Caràcas remilgosa de 1922 donde todas eran caras conocidas, debía explicarle que si había escrito no era en función de "literata" sino para no aburrirse del todo. Había aún en la autora del "Diario de una señorita que se fastidia" la actitud de una muchacha traviesa, intérprete de un gran linaje, quien junto a los vestidos, los libros y las joyas que le llegaron de París, se pone a revolver los arcones de los antepasados, a soñar y sonreír frente a los retratos y reliquias como contraponiendo dos estilos o dos antagónicas imágenes del mundo. Pero esta escritora de tan extraordinaria sensibilidad, tiene, además, ojos y oídos para recoger todo lo que le ofrece la naturaleza del trópico: el agua, las plantas, el olor de la tierra y de los trapiches, el barro en que se revuelve su prodigioso y muy humanizado enano velazqueño, Vicente Cochocho. Todo palpita en su palabra con arte tan magistral y sencillo que no se siente un solo instante la angustia de la frase o el esfuerzo de la pincelada.

Muchas mujeres hispano-americanas, prisioneras todavía en las más ñoñas rutinas y convenciones, estaban esperando un mensaje semejante. E "Ifigenia", obra única por su gracia y su adolescente malicia que no es sino la más pura forma poética del candor, conquistó todo el mundo hispánico. Se leía, simultáneamente, en México, en Bogotá, en Montevideo, en Santiago de Chile. Conocí un viejo profesor chileno de Filosofía que me confesaba como un pecado deleitoso haber

dedicado a la pequeña y fantástica María Eugenia Alonso, un tiempo robado a Kant.

Las cartas de Teresa que ahora recoge la Editorial "Cruz del Sur" y que son como el anticipo de un Epistolario más vasto, nos permiten seguir varios de los momentos de la vida artística y personal de nuestra deliciosa escritora. A la más fina sonata con su "allegro", su "scherzo" tempestuoso, sus instantes de nocturna melancolía chopiniana, su elegía de vida breve en lúcida marcha hacia la muerte, se parece este memorial de confidencias. Apenas en doce años divididos en seis de esplendor y seis de penserosa nostalgia, se realiza la obra de Teresa de la Parra. En 1925 obtiene en París el primer premio de autores americanos su novela "Ifigenia". Francis de Miomandre la traduce al Francés en la misma colección en que se editan las obras de Katherine Mansfield y las de Virginia Woolf. Está ya Teresa en la más ilustre sociedad de mujeres del mundo. Pero también su América la llama, y en Cuba y en Colombia, particularmente, se la disputan legiones de admiradores. De una larga andanza por Colombia en que mira en proyección más lejana la obra de Bolívar, sueña en escribir una biografía del Libertador que no habría de parecerse a ninguna otra. Le bastará para su extraordinaria fantasía adivinadora interrogar todos los fantasmas de la melancólica Quinta de Bogotá, del Palacio de San Carlos, de San Pedro Alejandrino, así como en Caracas le son familiares la Quinta de Anauco y la casona de San Jacinto y toda una crónica bolivariana —más íntima y confidencial

que la de las Historias— que se ha ido trasmitiendo de viva voz, de generación a generación, como los primitivos cantares de gesta. De aquel proyecto queda un manojo de espléndidas notas en sus cartas entusiastas al señor Vicente Lecuna. La historia no es para ella solamente lo que se congeló en los libros, sino lo que escuchó y evoca como inmensa tradición de familia. Como en las viejas cocinas campesinas, al caer la noche, en la memoria poética de Teresa siempre hay cita de duendes y fantasmas. Ella sabe hacer contar su testimonio fantástico a las cuarteadas puertas de cedro, a los cofres, las sayas, las espadas y dolmanes de Ayacucho, a las cartas y papeles amarillentos que se guardan en los bargueños. Ella enseñará al mundo cómo ha sido la aventura, pasión y heroísmo de nuestra alma de criollos tropicales. Y el júbilo de lo que se propone hacer y de todo lo que tiene que contar, colma esas cartas vibrantes de su momento esplendoroso. Vuelve a París para completar su imagen del Bolívar juvenil, del que se paseaba por las arcadas del "Palais Royal" y de la Calle Rivoli, soñando ya en las grandes peripecias del siglo. La fama, el talento y la belleza ya son como círculos fatales que acosan su vida, y pronto se sentirá cansada. Hay un retrato suyo de cuando termina en el Sur de Francia las "Memorias de Mamá Blanca" que revela en la melancolía y fatiga del rostro los primeros síntomas de su enfermedad. "Comencé a adelgazar sin razón aparente; sentía un infinito cansancio moral, un gran desgano de vivir" escribe a su amigo Zea Uribe.

Y ya se inician entonces los años melancólicos

de Teresa de la Parra; los del largo monólogo e introspección de sus mejores cartas. La fiesta del mundo y el turbador llamado del Arte se interrumpió bruscamente, y hubo que guardar el último vestido de baile para ir a internarse en un sanatorio alpino. Allí en unos largos meses de 1932, homologando su caso con el de los personajes de la famosa novela, lee "La montaña mágica" de Thomas Mann. "Me causó una especie de molestia invencible ver cómo el autor sólo parecía fijarse en lo *exterior*: páginas y páginas con todas las manifestaciones vulgares de los vulgares: cuando hay a veces en una sola palabra, en una sola mirada silenciosa, toda la revelación de un drama desgarrador que se calla", comenta patéticamente en una carta a Rafael Carías. Y es que ahora, Teresa, despojándose de toda gala, parece internarse en la noche del espíritu. A través de la enfermedad y del trato con tantos seres que padecen, descubre otra dimensión del mundo. O marcha —como dice en otra carta— a buscar tesoros distintos de aquellos que se aguardaban a los veinte años.

Teresa de la Parra hubo de morir silenciosamente en un instante en que los venezolanos ni siquiera nos detuvimos a meditar cuánto significaba su nombre en la más depurada tradición cultural del país. Se mezclaron en esos meses de 1936 la primera liquidación de la dictadura gomecista con todas sus luchas y sus esperanzas y la trágica zozobra de la guerra civil española. Muchos sin leerla, y enceguecidos de política, consideraron superficialmente la obra de Teresa como un ele-

gante testimonio aristocrático que nada decía a las pasiones de ese momento. Pero ya venciendo tiempos y modas, Teresa se destaca como uno de nuestros pocos escritores clásicos. En la prosa más cristalina, en el perfecto tono natural de una buena conversación, ella recogió lo más íntimo y añorante del alma venezolana. Le salvó de toda retórica transitoria aquel perfecto equilibrio de forma, espontaneidad y gentil intuición femenina que hace que en la Literatura francesa la novela de Mme. de La Fayette valga tanto como los sermones de Bossuet. ¡Qué gran magisterio de Estética, Poesía, diáfano idioma y fragante venezolanidad, podrían cumplir las "Memorias de Mamá Blanca" en las escuelas y colegios del país! Si en nuestra Educación hubiera mejor gusto y menos Pedantería ya se estaría leyendo a Teresa en todas partes, para enseñar el lenguaje en que todos quisiéramos hablar. Y hay que agradecerle a la Editorial "Cruz del Sur" el gusto inolvidable de esta conversación póstuma.

MARIANO PICON-SALAS



# Cartas dirigidas a don Vicente Lecuna

I.

Panamá, mayo 18 de 1930

Señor Vicente Lecuna

Estimado amigo:

Le escribo de Panamá de paso para Colombia donde voy a quedarme algún tiempo, un mes quizás, antes de regresar a Europa pasando tal vez por Venezuela. No sé todavía nada seguro pues tanto el hidroavión como el Magdalena con la sequía de esta época me asustan un poco.

De mis trabajos, muy pocos, y lecturas de estos últimos tiempos me ha venido una idea o proyecto muy vago todavía: el de escribir una biografía o vida íntima de Bolívar. Quisiera hacer algo: fácil, ameno, en el estilo de la colección de vidas célebres noveladas que se publica ahora en Francia. La palabra *novelada*, es natüralmente muy relativa, yo creo que una biografía de Bolívar es de por sí, sin salirse de la verdad histórica, mejor novela que cualquiera otra que quisiera hacerse. Quisiera ocuparme más del amante que del héroe, pero sin prescindir enteramente de la vida heroica tan mezclada a la amorosa. Es un proyecto un poco atrevido quizás; ¡se ha escrito tanto sobre Bolívar..! La buena acogida que se le hizo a

una conferencia que sobre Bolívar dije en la Habana me ha dado la idea; los lugares y épocas por donde pasa Bolívar son de por sí y aun prescindiendo de él, épocas sumamente sugestivas: la colonia en el siglo XVIII, vida de la ciudad y de la hacienda; corte de Carlos IV; el consulado con el alba del Romanticismo y el París de Napoleón, etc. No sé qué se ha hecho últimamente sobre el particular. Yo escribiría el libro para hacerlo quizás traducir al francés. Para no caer en el lugar común lo mismo que para obtener datos hay que leer mucho: bueno y malo. Yo quisiera comenzar a leer seriamente este verano y para elaborar mi bibliografía he pensado en usted que es nuestro gran bolivariano. Quisiera que me hiciese usted una lista de lo importante según su buen juicio y mi plan. Si yo pasara por Venezuela visitaría a San Mateo y la casa de San Jacinto. Sé que los vería ahora con ojos nuevos. En Bogotá tendré ocasión de ver cosas interesantes y comenzaría allá a adquirir mis libros. Como le dije, lo que hice en la Habana se escuchó con gran interés. El periódico que hizo la reseña, la llenó de errores y disparates. Sentiría que se hubiese reproducido.

Le pido mil excusas de molestarlo así, pero sé lo preciosa que puede serme su opinión y sus datos. Yo no quisiera que se divulgase mucho este proyecto pues como le he dicho es todavía muy vago. Quisiera saber si del archivo que adquirió últimamente el Gobierno podría adquirirse datos nuevos e interesantes o si sólo se trata de cosas oficiales.

Escríbame al poder a Bogotá dándome su

impresión franca sobre este proyecto que a ratos como ahora me tienta y otros me asusta un poco. Mi dirección será: Al cuidado de L. Eduardo Nieto Caballero, Director de "El Espectador". Bogotá.

Con mis mejores saludos para todos los suyos y las gracias anticipadas soy su afectísima,

Teresa de la Parra

Telegrama.

Santa Marta, 29 de junio de 1930

Señor Vicente Lecuna. Al subir al avión esta mañana me llevaron su telegrama; me ha acompañado usted por lo tanto en nuestra visita a nuestro Bolívar todavía enfermo, esperando la muerte. Escribiré. - Teresa de la Parra.

II.

Cartagena, julio 3 de 1930

Querido amigo Lecuna:

Antes que nada quiero contarle la coincidencia tan grata que acompañó la llegada de su carta y de su telegrama: viniendo la una de Bogotá y el otro de Medellín me los entregaron juntos en el momento de tomar el avión que yo había pedido especial para poder en un día ir y venir a

San Pedro Alejandrino. Fué una manifestación conmovedora la que me hicieron allá, no por lo que representara de triunfo personal, cosa que me cohibe un poco, sino porque me parecía y creo que así fué, que veían en mí algo que representaba en forma viva el recuerdo del Caracas de la Independencia y el recuerdo de Bolívar, no el dominador magnífico sino el otro, el enfermo desahuciado, triste y dolorido por los desengaños, que iba a morirse a la pobre casita. Puedo decirle sin exagerar que lo "vi" entrar en la casa á pesar de la mucha gente que no me estorbó la evocación. Hubo detalles conmovedores como éste que sentí yo sola: a la entrada de la casita estaba una señora vieja de pelo blanco que me tendía un ramo de flores y me la presentaron: Doña Manuelita... (no recuerdo el apellido, ni lo oí bien).

—Permítame señora que la abrace en nombre de Bolívar.

Me hizo llorar pero nadie se fijó en la coincidencia, ni ella tampoco. En la sala estaba el cuadro del matrimonio con Teresa que es el retrato de mi hermana E... Bajo los árboles leí de pie un fragmento de mi conferencia y pasaron de nuevo ellas, las que lo acompañaron y lo quisieron. Su carta que me había hecho tan estupenda impresión para la busca del Bolívar que yo quisiera encontrar cobró una fuerza de sugestión tan grande que le envié de allá un telegrama y me sentía con bríos para tomar otro avión especial a fin de ir a ver la sombra del Marqués de Casa León, las cartas de que me habla, San Mateo y San Jacinto. Hasta ahora no he visto nada; tampoco había vis-

to a Bolívar; después de su carta puedo confesárselo, sé que usted me disculpará pensando que la culpa no es sólo mía, sino de los que tanto lo han desfigurado por engrandecerlo a imagen y semejanza de sus plumas pródigas en grandilocuencia.

La triste realidad es otra: no me es posible ya ir a Caracas; pasado el impulso lírico lo comprendí: tengo ya el itinerario y el viaje arreglado por Cuba, New York y Europa. Si tiene ocasión de hablar allá con mis hermanos, comprenderá que no me era fácil cambiar de rumbo. Pero ahora puedo ya darme cuenta de todo lo que pierdo. Una cosa me consuela: el recuerdo finísimo de ese Caracas que vi desde San Pedro reflejado en cuanto me rodeaba y que hubiese quizás traído a la realidad la visión material. Tal vez no. Yo quiero mucho a Caracas y la ausencia me ha enseñado a apreciarla por comparación. Qué lindo era el Caracas de mi infancia que yo no supe apreciar entonces ni después; el de los aleros y las ventanas abiertas. ¡Qué gracia en su sencillez tosca y monótona! ¿Por qué Guzmán Blanco tumbó los conventos y mandó quitar los aleros? ¡Que Dios lo haya perdonado!

Le *escribo* muerta de calor, homenajes y visitas. La ciudad es estupenda y la gente encantadora. Pero yo no puedo dividirme en mil pedazos ni pedirle al sol que se modere un ratico: es implacable.

Volveré a escribirle con calma sobre su carta y datos: desde luego le repito que sus indicaciones me han caído como aguacero a tiempo en tierra que lo necesitaba. Puede que me ayude y se

salve la cosecha. A veces temo que ni siquiera asome la primera hierba. ¡Me asusta tanto a ratos el proyecto!

Mil gracias por su amable ofrecimiento. ¡Ojalá hubiera podido aceptarlo! Saludos a todos los suyos y hasta pronto que volveré a escribirle su afectísima,

Teresa

III.

Habana, julio 12 de 1930

Estimado amigo:

Aunque le escribí de Cartagena para darle las gracias por su carta, quiero hacerlo de nuevo a pesar del calor, los compromisos y la falta de tiempo, cosas todas agobiantes que enturbian la inteligencia y la voluntad: afortunadamente vuelven al volver la calma.

Mis cuatro días de viaje de Cartagena a la Habana me han enseñado a saber esperar; las cosas se ven después por evocación en la soledad: la gente por encantadora que sea, la de sociedad, son especies de aisladores, pero ellos se borran de nuestra mente antes que la imagen de las cosas y el alma de los muertos.

Sentí en forma extraordinaria, casi con desesperación el no haber ido a Caracas, durante las primeras horas de mi viaje, luego con la calma y la reflexión me he consolado pensando que nece-

sito volver con tiempo: no a hacer vida de ciudad sino vida de campo, me parece que no conozco a Caracas, y creo que en efecto es verdad, no la conozco, por falta de perspectiva y puntos de comparación no la había visto hasta ahora: me di cuenta de eso al entrar en Medellín, ciudad que se parece mucho a Caracas; descubrí por primera vez desde allá que Caracas es muy linda y la del siglo XVIII, la de la infancia de Bolívar, un verdadero encanto. Su carta, como le he dicho ya, me causó verdadera alegría, ver a Bolívar fuera de la literatura heroica, que hasta ahora me lo había cubierto y desfigurado, me anima en forma extraordinaria y es que me siento enamorada del proyecto que es tal vez un atrevimiento, una especie de inconciencia de las dificultades por vencer, pero sólo en ese estado nos viene el impulso: que es como una gracia del cielo, luego se marcha por la fuerza adquirida. Yo soy una escéptica, una gran desanimada, el elogio, el éxito fácil me ha hecho mucho daño, ya no veo en mis libros escritos sino los defectos, y esa visión constante me quita toda iniciativa, toda fe en mí misma.

Desde ese punto de vista su carta, le repito, me hizo un bien extraordinario, los documentos de que me habla, los aspectos que me señala responden a lo que yo quiero; el éxito personal me interesa mucho menos: lo que me resulta apasionante es buscar, desenterrar, y vivir un tiempo en contacto íntimo con la persona de Bolívar cuando vivía; describirlo, viene en segundo lugar; comprendo, a pesar de mi inexperiencia, el placer infinito del historiador. Me parece indispensable ir

a Venezuela. La hacienda del Tuy de la que no tenía noticias, me ha hecho saltar de alegría. No basta lo escrito; es necesario el paisaje y el ambiente de la época: a veces se encuentra en otra parte. En ese sentido tanto Cuba como Colombia, Tunja y Cartagena me han enseñado mucho. El negro cubano está impregnado todavía en colonia. Una conversación con un negro viejo de aquí vale un mundo. Qué bonita debía ser la vida colonial nuestra, la del siglo XVIII y principios del XIX, ese despertar en medio de la gracia indolente y noble en que se vivía y cuyos restos se ven todavía entre ciertos medios. Describir, evocar todo eso, alrededor de Bolívar sin literatura, sin afán pintoresco, es lo que quisiera ¿pero cómo librarme de la literatura, de la de antes y de la de ahora, futuristas, minoristas, etc.? todo este carnaval que nos ciega y nos aturde y en donde para mayor desorientación entre la nube de equivocación y de cursilería, se encuentran de pronto fuertes y grandes talentos que nos atraen sin llegar enteramente a convertirnos: ¡en qué mal momento hemos nacido! Es este carnaval de imprenta lo que me ha llevado hacia la biografía, acomodar las palabras a la vida, renunciando a sí mismo, sin moda, sin pretensiones de éxitos personales, es lo único que me atrae por el momento.

Refiriéndome a su carta, sin más elucubraciones, le diré: que espero con impaciencia los libros ofrecidos; y que después de leer con tranquilidad iré a Venezuela a visitar los lugares de que me habla: quiero conocer el Llano, el Tuy, los Andes si es posible y volver a ver los Valles

de Aragua. Luego si me siento capaz escribiré sin seguir demasiado de cerca lo leído. Creo que tiene usted sobrada razón en lo que anuncia sobre las equivocaciones de los biógrafos; sin el menor conocimiento de causa me lo había anunciado siempre mi instinto; pero esas equivocaciones son a veces favorables por la reacción que producen, nos van indicando las faltas en las que no debemos incurrir.

Por este mismo correo escribo a Rafael Carías, amigo muy culto de toda mi confianza, encargado de vigilar allá mi renta, y en la carta le pido que se ponga a su disposición para todo gasto que proporcione la adquisición de los libros o la copia de los documentos. La idea de serle gravosa en este sentido me cohibiría y me quitaría toda libertad para dirigirme a usted y yo necesito absolutamente de su experiencia y de su dirección. La colección de cartas de la familia Palacios referente a la permanencia de Bolívar en España proporcionada por la familia López de Ceballos me interesa mucho. Los detalles dan a veces el don de vida. No he comprendido bien si son cartas inéditas: me figuro que sí. Caso de que lo fuesen y no temiera confiármelas en copia me gustaría tener aunque sólo fuesen las principales, yo guardaría completa reserva si por alguna razón debieran quedar inéditas. De lo contrario las veré cuando vaya a Caracas. A propósito de indiscreciones le diré que el Diario de Bucaramanga, apartando lo que pueda o no haber de cierto y de perjudicial en las revelaciones, me interesó mucho por el don de vida de que le hablé, "vi" bien a Bolívar a través de los detalles, jugando a la ro-

pilla y conversando y comentando. No era para hacerlo circular de mano en mano y la parte de Cornelio Hispano en el asunto no es airosa.

Pero esa es costumbre entre todos nuestros periodistas de por acá: no se dan cuenta de la gravedad de ciertas indiscreciones; cuando se trata de interesar al público con lo sensacional lo sacrifican todo, y poco les importa la figura del que violan o los perjuicios que puedan ocasionar. Me gusta mucho el Bolívar hacendado del Tuy y de Aragüa como ya le dije y ese Marqués de Casa León a quien no conocía: ¡por qué medios tan interesantes pasó Bolívar! De la hacienda colonial al Madrid de Carlos IV, al Consulado con el comienzo del Romanticismo, esa casa de Fanny donde él se descubrió a sí mismo, gracias quizás a detalles superficiales, el éxito mundano, fácil en París para el extranjero que lleva en sí una nota de exotismo, y Humboldt y Simón Rodríguez, no hay nada que subrayar, la narración sola es superior en interés a todo cuanto pudiera imaginarse de novelesco: yo detesto la novela histórica. No conozco todavía sino fragmentos de las cartas de Fanny. Sé que hay un tomo de O'Leary en donde se hallan y supongo que en París en los archivos de la familia deben hallarse muchas; estoy dispuesta a acercarme a ellas con la discreción del caso y espero sus luces y sus indicaciones sobre el particular. También quisiera insistir sobre los papeles depositados en la redacción del "Siécle" (?) (no recuerdo bien) por Pérou. ¡Si los encontrara..! pero ya debe estar ese punto más que aclarado y desahuciado de esperanza. Las cartas del archivo

de Quiñones de León interesantísimas también. ¡María Antonia me ha parecido siempre estupenda! Lástima grande haber nacido tan tarde y no haber podido conocer y conversar largo y tendido con Mátea mientras barría, planchaba o tenía en el budare las arepas. ¿Qué cuenta de ella A... E..? Temo que también la haya pasado demasiado por la crema literaria. Qué mezcla tan feliz la del negro con sus resabios africanos mezclados al señorío castellano adaptado al trópico, cosa que nosotros los blancos europeizados hemos ido perdiendo y que ellos han guardado sin esfuerzo. ¡Qué poco hemos visto y qué mal los hemos puesto a vivir en cuentos y novelas! ¿Se ha fijado bien en el diálogo de nuestras cosas criollas? Son andaluces o son valencianos de Blasco Ibáñez dentro de panoramas criollos llenos de pájaros, mariposas y toda la fauna y la flora demasiado maravillosa para ser descrita.

En Bogotá no pude ocuparme como hubiera querido de mi bibliografía. No tenía tiempo libre, las dos o tres veces que fuí a las librerías estaba rendida, incapaz de concentrarme a buscar lo interesante. La visita a la Quinta Bolívar me encantó. Es preciosa y muy evocadora. Fuí con R... R... quien me habló por cierto de usted, con devoción y cariño extraordinarios. Dejé a la casa Mogollón de Cartagena una lista de libros por buscar. Al tener tiempo la copiaré y se la enviaré para que me indique lo que falta. Creo en el fondo como usted: cartas y lugares dicen más que todo, pero aunque estoy prevenida contra libros, espero que no han de desencaminarme mucho. Tengo de

O'Leary lo publicado por Blanco Fombona y dos tomos sueltos que encontré al azar: las relativas a Páez, Soublette y creo que Santander (las cartas). ¿Bastan los tomos de narración y el apéndice completándolo con las cartas que van a publicarse o es preciso todo O'Leary? En caso de que así sea: ¿hay alguna nueva edición completa o puede hallarse en Caracas la obra publicada por Guzmán? Escribí ya a Mogollón que es mi librero en Colombia haciendo las mismas preguntas.

Le escribo perdida casi la conciencia por el excesivo calor y eso que estoy en el Vedado en casa de unos amigos, casa fresca y ventilada. He tenido que retardar el viaje pues mi amiga L... C... con quien debo seguir hacia New York y Europa se halla enferma y tengo que esperar que se reponga. ¡Yo que no fuí a Caracas por prisa de llegar a Europa a alcanzar las aguas! El hombre propone y Dios dispone. Pero no he perdido enteramente el tiempo, el paisaje cubano en la tarde y en la noche es maravilloso, y he visto una procesión o cabildo congo con bailes de diablito, el dios changó, el crucifijo con sus velas y su incienso, y una cabeza de chivo sacrificado a changó con canto, tambor y música africana. Nadie que pase por Cuba sospecha que existe esto. Si son "intelectuales" se van a los banquetes "minoristas" a beber pedantería y a escuchar falsos talentos, si son "turistas" van a los clubes que en realidad están a la altura de los mejores del mundo con la ventaja de la naturaleza y los baños en la playa, únicos en honor de la verdad.

Termino mi carta que se va haciendo ya dema-

siado larga rogándole que escriba a París, 84 boulevard Victor Hugo, Neuilly-sur-Seine, de donde me harán seguir mi correspondencia si estoy fuera.

Con mis mejores saludos para sus hijas y los suyos y dándole de nuevo miles y miles de gracias por el presente y por el porvenir, soy su afectísima y fraternal amiga,

Teresa

IV.

Vevey, septiembre 10 de 1930

Estimado amigo Lecuna:

Acabo de recibir su carta y me apresuro a darle las gracias por sus ofrecimientos y por su cooperación que acepto profundamente agradecida. Sé que sus consejos han de serme de gran utilidad y pienso, aunque lo moleste, no prescindir nunca de ellos, será un sacrificio más y nueva generosidad de las muchas que ha tenido, en su devoción tan hermosa y desinteresada por el culto de Bolívar. ¡Cómo la comprendo y la comparto ahora que empiezo a conocerlo!

Hace casi un mes que estoy aquí en Suiza. Estoy entregada a la lectura de las Memorias de O'Leary. A medida que avanzo se há ido aumentando mi interés, mi cariño, mi devoción que es ya casi una obsesión, una fiebre. ¡Qué hombre

tan grande! Todo cuanto se diga de él es poco. A medida que lo conozco voy reconociendo lo atrevido de mi proyecto y me asusto y apoco. Pero como por otro lado siento la fiebre mística que nos impulsa a empresas superiores a nuestras fuerzas, tengo ratos de aliento y entusiasmo.

En primer lugar le diré que no tengo prisa ninguna por escribir, y que no lo haré antes de haber vuelto y conocido bien a Caracas y lo más posible de Venezuela. Aunque hubiese tenido mucho gusto de pasar una temporada allá prefiero hacerlo más adelante, cuando haya leído lo más esencial y esté más preparada para ver y apreciar. A medida que adelanto en la lectura mi proyecto se enseria. Yo sé que una "vida amorosa" escrita con algunas anécdotas amenas y amables, con facilidad para hacerla traducir al francés e incluirla en una de esas colecciones que andan por ahí, sería sin duda bien acogida. Pero ya ese éxito fácil no me seduce. Prefiero las dificultades y el trabajo y hasta el fracaso pero siguiendo un fin más de acuerdo con lo que considero ya un estado de conciencia místico. No quiero decir que desdeño la anécdota, los detalles, los amores y la forma amena, al contrario creo que son indispensables, es lo que mejor manejo y lo más apropiado para impregnar un personaje de movimiento y de vida poniéndolo además al alcance de todo lector. Pero detrás de esa forma fácil ocultando el trabajo y el menor alarde de erudición debe aparecer el hombre extraordinario. Más que el héroe, el apóstol, el Mesías y el mártir. Es esta faz entre las múltiples de Bolívar la que más excita mi fer-

vor y la que más quisiera hacer resaltar. ¿No cree usted que hasta ahora la han sacrificado a la otra, es decir, al héroe que despierta un entusiasmo más fácil pero que es quizás menos útil a nuestra generación moral? Los héroes exaltan el nacionalismo, la ambición personal, la fiebre de mando, la guerra. Bolívar apóstol, profeta y sacrificado por el individualismo de los demagogos, que anteponían sus mezquindades del momento al ideal eterno, es el que más debe predicarse y difundirse. Es el más sensible al alma, el llamado a despertar por el ejemplo los más nobles sentimientos de abnegación y virtud. En Venezuela hemos perdido la fe y todos debemos tratar de despertarla de nuevo. Si yo llevase un grano de arena a esa obra de regeneración me sentiría satisfecha pensando que no habré pasado enteramente inútil por la vida. Hasta ahora, lo confieso, no me había ocupado sino de poner en evidencia el escepticismo de mi generación y en negar con ironía, obra en suma demoledora y que a la larga, fuera de la satisfacción personal - ¡tan vana! - no deja nada. Quisiera en adelante sin cambiar de forma, tratar de hacer obra de alguna trascendencia ética, reunir en lugar de dispersar. He entrado ya en la edad en que se deja de ser revolucionario y comienza a buscarse algún ideal místico.

Mucho me gustará conocer la hacienda del Tuy y visitar con usted la casa de la cuadra Bolívar y volver a ver la de San Jacinto y oír de sus labios más detalles: ¡cuánto dicen y conmueven!

No sé aún cuando pueda ir a Venezuela, espero que será en el curso del próximo año, ya lo

tendré al corriente. Leí un artículo suyo muy interesante en Cultura Venezolana sobre el incidente del año 1814 en Cumaná, uno de los más trágicos, y la actitud de Ribas: ¡lo guardo!

Hágame el favor de saludar mucho en mi nombre a sus hijas y demás familia y reciba de mi parte junto con mis gracias, los mejores sentimientos de mi aprecio y de mi profunda amistad,

Teresa de la Parra

V.

París, noviembre 29 de 1930

Muy estimado amigo Lecuna:

No había querido contestar a su cariñosa carta sin haber abierto el envío de libros que me había anunciado R... y que yo esperaba con impaciencia y emoción como esperan los niños los juguetes. Ayer por fin los abrí, marqué con mi nombre y ordené; ¡si viera con qué alegría y con qué sentimiento de gratitud hacia usted! El culto por un muerto ilustre y tan de uno como Bolívar es una especie de religión que une fraternalmente a los que la practican. Usted es una especie de sacerdote de ese culto y yo quiero ser la "fiel" llena de buena voluntad a quien usted dirija y enseñe. Usted tiene la admiración serena del que sabe que no se convence por medio de ditirambos sino con la relación sencilla de los hechos. Yo

quiero como usted reservarme de la admiración académica de los discursos y aprender a querer profundamente y con ternura. Por eso creo que las cartas no tienen precio: es lo que más se parece a los recuerdos personales trasmitidos por los que directamente vieron y oyeron.

Tengo ya leídos y anotados a O'Leary (la narración) y a Juan Vicente González en la biografía de José Félix Ribas y a Larrazábal. Las tres obras pertenecientes a la Biblioteca Ayacucho que he adquirido. No tenía los documentos de O'Leary y en cuanto al Larrazábal original que usted me manda me interesa mucho. El de la Biblioteca Ayacucho está incompleto y modernizado por Rufino Blanco Fombona. Aunque como usted dice con razón el Larrazábal original debe tener el estilo de los historiadores románticos del siglo pasado, llega en su relato, por lo que he visto, hasta el año 30. El otro termina con la entrevista de Guayaquil. Además el estilo de Larrazábal me interesa por lo que representa el mismo Larrazábal de su época. Mi curiosidad por Bolívar se me ha extendido por toda Venezuela, el paisaje, las costumbres, el XIX, las familias y sobre todo la Colonia. Me parece que todo me coge de nuevo como si no lo conociera. En Cuba me interesé mucho por los negros que han guardado allá el carácter colonial. Para ese cuadro del siglo XVIII en que nació Bolívar, es una nota muy bonita la de los esclavos.

Yo pienso con ternura en el "batey", como dicen en Cuba, o repartimiento como dicen en Venezuela, de San Mateo. Bolívar niño debió oír los

cuentos (con canto y mímica) de los esclavos africanos. La negra Matea y la otra (no recuerdo su nombre ahora), la que él abrazó cuando su última entrada a Caracas, también tuvieron una influencia íntima y humilde en su alma, enseñándole a querer el pueblo en ellas.

Usted me dice en su carta que le pregunte sobre cada duda que tenga y voy a aceptar y hasta abusar del ofrecimiento haciendo una lista larga. Debo confesarle con sinceridad que mi ignorancia o lo que es peor, falsa interpretación sobre nuestra historia era, hasta hace poco, muy grande. Yo me eduqué en España y no conocía la historia de Venezuela aprendida en colegio (cosa que no siento pues esto nos lleva mucho al lugar común). Conocía al contrario la Historia de España, sabía que nuestra guerra de la Independencia había coincidido con la de España contra los franceses, y considerando la nuestra guerra internacional, no la veía tan grande ni gloriosa. La grandilocuencia tropical lejos de convencerme afirmaba más mi escepticismo. A esto hay que añadir otro punto que quizás le interese a usted por su parte psicológica. Por la rama materna directa yo recibí en mi infancia mucha influencia goda, es decir antibolivariana. Mi abuela materna Mercedes Expelosin, que era politiquera, inteligente, muy apasionada y medio letrada, tenía gran cariño por mí y me contaba, allá en España, cómo habían pasado las cosas en Venezuela durante y después de la Independencia. Su madre, a quien sin conocer yo llamaba también mamá Panchita, era un personaje medio de cuento cuya historia

me conmovía en forma extraordinaria. Mamá Panchita en el cuento era la pobre princesa perseguida por la adversidad: Bolívar era el ogro, el hada del mal destino. Mamá Panchita Tovar (nieta del Conde) se había casado con un español rico, don Francisco Ezpelosin, contemporáneos ambos de Bolívar, ¡y no necesito contarle más! ¡Cómo me conmovía la tarde (no sé en qué año) en que había ido la pobre Panchita arruinada y sola (Don Francisco andaba escondido), a pedir clemencia a su primo hermano, Cristóbal Mendoza, Gobernador de Caracas. Este ni siquiera había levantado los ojos de su trabajo y le había despedido diciendo: "El que no está conmigo, Panchita, está contra mí". Luego venía en viaje a pie hasta La Guaira, una goleta donde se embarcaban, un mar malísimo, años de destierro en Puerto Rico, hijos muertos en plena juventud, y por fin el regreso en plena miseria y mamá Panchita que narraba las crueldades de los patriotas y de Bolívar (naturalmente), afirmando: "Yo lo vi con estos ojos".

Creo que esa hostilidad trasmitida oralmente puede haberme preparado más para sentir de cerca a Bolívar que muchos elogios escritos. Del lado de mi padre soy bisnieta del general Soublette y también recuerdo las historias (éstas en otro tono pero también muy vivas) de mi tía Teresa Soublette que escribía al dictado las cartas de su padre desde los 15 años y a quien usted debió tal vez conocer. Conozco de oídas muchas cosas que he encontrado luego en la historia: el dolor de la madre de los Buroz, dos veces parienta cercana por la rama paterna y materna. En el fondo

cuentos (con canto y mímica) de los esclavos africanos. La negra Matea y la otra (no recuerdo su nombre ahora), la que él abrazó cuando su última entrada a Caracas, también tuvieron una influencia íntima y humilde en su alma, enseñándole a querer el pueblo en ellas.

Usted me dice en su carta que le pregunte sobre cada duda que tenga y voy a aceptar y hasta abusar del ofrecimiento haciendo una lista larga. Debo confesarle con sinceridad que mi ignorancia o lo que es peor, falsa interpretación sobre nuestra historia era, hasta hace poco, muy grande. Yo me eduqué en España y no conocía la historia de Venezuela aprendida en colegio (cosa que no siento pues esto nos lleva mucho al lugar común). Conocía al contrario la Historia de España, sabía que nuestra guerra de la Independencia había coincidido con la de España contra los franceses, y considerando la nuestra guerra internacional, no la veía tan grande ni gloriosa. La grandilocuencia tropical lejos de convencerme afirmaba más mi escepticismo. A esto hay que añadir otro punto que quizás le interese a usted por su parte psicológica. Por la rama materna directa yo recibí en mi infancia mucha influencia goda, es decir antibolivariana. Mi abuela materna Mercedes Ezpeloxin, que era politiquera, inteligente, muy apasionada y medio letrada, tenía gran cariño por mí y me contaba, allá en España, cómo habían pasado las cosas en Venezuela durante y después de la Independencia. Su madre, a quien sin conocer yo llamaba también mamá Panchita, era un personaje medio de cuento cuya historia

me conmovía en forma extraordinaria. Mamá Panchita en el cuento era la pobre princesa perseguida por la adversidad: Bolívar era el ogro, el hada del mal destino. Mamá Panchita Tovar (nieta del Conde) se había casado con un español rico, don Francisco Ezpelosin, contemporáneos ambos de Bolívar, ¡y no necesito contarle más! ¡Cómo me conmovía la tarde (no sé en qué año) en que había ido la pobre Panchita arruinada y sola (Don Francisco andaba escondido), a pedir clemencia a su primo hermano, Cristóbal Mendoza, Gobernador de Caracas. Este ni siquiera había levantado los ojos de su trabajo y le había despedido diciendo: "El que no está conmigo, Panchita, está contra mí". Luego venía en viaje a pie hasta La Guaira, una goleta donde se embarcaban, un mar malísimo, años de destierro en Puerto Rico, hijos muertos en plena juventud, y por fin el regreso en plena miseria y mamá Panchita que narraba las crueldades de los patriotas y de Bolívar (naturalmente), afirmando: "Yo lo vi con estos ojos".

Creo que esa hostilidad trasmitida oralmente puede haberme preparado más para sentir de cerca a Bolívar que muchos elogios escritos. Del lado de mi padre soy biznieta del general Soublette y también recuerdo las historias (éstas en otro tono pero también muy vivas) de mi tía Teresa Soublette que escribía al dictado las cartas de su padre desde los 15 años y a quien usted debió tal vez conocer. Conozco de oídas muchas cosas que he encontrado luego en la historia: el dolor de la madre de los Buroz, dos veces parienta cercana por la rama paterna y materna. En el fondo

para casi todos los caraqueños la Independencia es una historia de familia. El propio Bolívar tiene parentesco aunque lejano con la familia de mi padre. Cuántos motivos para dejar ya en paz al semidiós y ocuparse del padre y del maestro querido y cercano, haciendo destacar sus grandes virtudes modestas: la abnegación, el espíritu de sacrificio, la rectitud, la limpieza del alma, virtudes al alcance de todo el mundo. La verdadera revolución cristiana no la hizo Jesús con sus milagros tanto como por haber nacido en el pesebre y haber muerto conjuntamente con los asesinos y los ladrones.

Una historia de Bolívar en donde se contasen sus hazañas y sus triunfos extraordinarios sería absurdo. Pero éstos se destacan solos, por su propia fuerza. Sobre lo que hay que insistir para hacerlo más amable que admirable es sobre la vida humilde de todos los días, sobre el sufrimiento, los amores, las injusticias, las decepciones, mezclado al encanto del paisaje y del ambiente.

¡Cuánto carácter tiene nuestra colonia! Cuando se compara nuestro siglo XVIII al francés tan manoseado con sus marquesas versallescas y su corte ultra refinada, éste resulta artificial, casi cursi, al lado de nuestra colonia tan sobria, tan noble como todo lo que vive sin esforzarse, de acuerdo con la naturaleza y con el clima.

Como le decía he estado hasta ahora leyendo y anotando los principales libros de historia a fin de fijar bien en mi memoria los hechos por orden cronológico. Sólo después quiero leer las cartas, cuyo interés depende mucho del momento y de

las circunstancias en que fueron escritas. Como le decía en mi carta anterior (temo tanto repetirle siempre la misma cosa) no tengo prisa y luego de leer quiero viajar para que la imagen viva me borre un poco la letra de imprenta. Para trabajar aquí hay que luchar mucho contra la gente que no sabe respetar el tiempo. Me voy defendiendo como puedo y mal que bien sigo leyendo. El envío ha llegado completo de acuerdo con la lista. Creo que los folletos y las cartas que he hojeado han de interesarme mucho. Lo que no he recibido hasta ahora y temo se haya extraviado es el boletín de la Academia que me anuncia con el retrato del legionario Sagarzazú. Sentiría que se hubiese perdido. La historia de Baralt no figura en la colección de Ayacucho. Por lo tanto se la agradezco mucho. Soy muy amiga de Vejarano, el historiador de que usted me habla y voy a pedirle su libro.

Me queda ahora un punto delicado que tratar con usted. El envío de libros, muchos de ellos ediciones antiguas y agotadas, debe haberle ocasionado bastante gasto. Yo no quiero serle gravosa: basta con que abuse de su tiempo y de su atención. Yo escribí a tiempo a Rafael Carías, mi administrador en Caracas, para que se pusiese de acuerdo con usted a fin de indemnizarle los gastos. De nuevo insisto con usted sobre el particular y pienso escribirle a Carías para que se ponga al habla con usted.

Termino esta larga carta, estimado amigo, diciéndole otra vez cuál es mi gratitud por el cariño con que se ha ocupado de mi proyecto y en-

viéndole los sentimientos de mi profundo aprecio y simpatía.

Su afectísima,

Teresa

## VI.

París, febrero 1 de 1931

Querido y admirado amigo Lecuna:

¡Cómo agradezco su cariñosa carta, tan llena de aliento y de cariño fraternal! Sus cartas, como los libros y papeles que me ha mandado me sirven de gran estímulo en el trabajo emprendido, que hasta ahora sólo se reduce a estudio. Tengo ratos de entusiasmo pero ¡tantos de desaliento, de falta de fe en mí misma! Se ha escrito, se ha indagado ya tanto y tan minuciosamente sobre Bolívar que ¿qué puedo hacer de nuevo? En el fondo no cuento sino con mi buena voluntad y mi cariño; pero ¿es eso suficiente?

Continúo hasta ahora como le dije antes aprendiendo lo mejor posible la historia oficial, anotando minuciosamente a O'Leary y a Larrazábal para tener, hasta donde me lo permita mi malísima memoria, una especie de cuadro sinóptico mental de los hechos, lugares y fechas. Como en realidad era mucha mi ignorancia, leo, releo y anoto en mis cuadernos por orden cronológico... un trabajo de muchacho de escuela, aplicado pero

olvidadizo. Sólo el orden y la insistencia pueden ayudar a retener y yo lo hago así. Cuando conozca bien toda la historia me quedaré con sus "Papeles de Bolívar", las cartas y las copias que me ha enviado, que van adquiriendo más y más interés a medida que me familiarizo con las personas y el momento histórico. El pleito con Briceño, el Diablo, por las tierras de Yare me ha interesado extraordinariamente. Se sorprenden detalles llenos de vida, lo mismo que en las cartas entre los tres Palacios: Esteban, Carlos y Pedro, con los comentarios sobre Simoncito. Como mi deseo sería el de hacer una biografía viva, los detalles del ambiente, las cartas de familia, etc., tienen para mí un valor infinito. Yo deseo sobre todo sentir la Colonia de Caracas. Algo de eso que no se descubre en los libros, he recibido ya por tradición de familia, como le dije en mi carta anterior, pero necesito completarlo conociendo a Venezuela, leyendo cartas de familia, oyendo conversar a los que conocen como usted la Colonia a fondo.

Quisiera, si las circunstancias me lo permiten, hacer lo más lentamente posible el viaje de Bolívar: es decir, recorrer el interior de las cinco repúblicas.

El otro día tuve ocasión de hablar con el profesor Rivet, que es presidente de la Sociedad de Americanistas de París; ha estudiado mucho y con cariño a los indios y a la sociedad colonial; usted debe conocerle; pienso seguir sus conferencias. Estuvo muy amable conmigo, ofreció darme cuantos datos pudiera yo necesitar sobre sus estudios y viajes: me dijo que en Venezuela, en la sierra de

Mérida, los indios se habían conservado como en el tiempo de la Colonia. También pienso ir a ver a una condesa francesa a quien vi en la Misa de Requiem del 17. Me llamó la atención al entrar a la iglesia porque le dijo al suizo que guardaba la puerta que a ella le correspondía estar en los primeros puestos por ser "parienta de Bolívar". Yo me acerqué a hablarle al salir, pues me llamó la atención su vestido anticuado y sus modos de "vieille france". Me dijo en efecto que era descendiente de Mme. Dervieu de Villars. Pienso ir a verla, por recoger lo que hayan guardado de tradición sobre Bolívar en la familia, aun cuando sé que no conservan cartas y que Mancini recogió ya cuanto había de más notable. Siempre me quedan esperanzas de que me proporcionen elementos con que reconstruir el ambiente. Su historia de la casa de Bolívar me ha gustado mucho: la hija de Narváez, su tutor; el reparto de aguas, las casas de paja y horcones al principio del siglo diecisiete son muy evocadoras. Bajo otro aspecto me ha interesado también mucho la expedición de los Cayos, verdadera hazaña de piratas. Yo quisiera que me proporcionara todo lo que le fuera posible sobre Josefina Machado; si no ahora, cuando lo vea en Caracas. Es mi proyecto en general, después de conocer en conjunto la vida y obra de Bolívar, dedicarme sólo a la infancia y primera juventud y entonces, si el proyecto no me abandona a mí, hacer un primer libro y luego varios más que puedan leerse por separado y formen al mismo tiempo parte de una serie. No es posible ence-

rrarlo en un solo libro. Además de él, hay el ambiente, los colaboradores y los distintos países.

Por este correo pienso escribir a algunos amigos pidiendo me envíen lo que haya sobre folklore venezolano. Tengo algo pero es muy poco y también me parece indispensable conocerlo lo mejor posible, pues el pueblo, por su misma ignorancia de las cosas oficiales, conserva mucho la tradición y la trasmite sin esfuerzo.

Sé que en Caracas quedaron muy bien las fiestas según he visto en los periódicos. Aquí estuvieron bien pero podrían haber quedado mejor si se compara con lo que fueron en Madrid y Roma, en donde las presidieron el Rey de España y Mussolini. La misa de los Inválidos estuvo, en mi opinión, fría; le faltó la solemnidad de la Iglesia tendida de negro, etc. Los franceses, salvo cierta élite o americanistas, siguen ignorando a Bolívar.

Aunque tendría mucho que decirle todavía, no quiero prolongar más esta carta. Me falta tiempo. Volveré a escribirle. De nuevo reciba los sentimientos de mi admiración y cariño fraternal.

Su afectísima,

Teresa

VII.

París, 23 de marzo de 1931

Querido amigo Lecuna:

¡Con cuánto gusto he recibido y leído su última carta! Cómo me ha interesado todo lo que en

ella me cuenta: las peleas de los realistas y patriotas en Caracas y María Antonia Bolívar resistida a emigrar y sacada a la fuerza por orden de Simón. Yo creo que en el fondo se parecían mucho los dos hermanos, y que si María Antonia sabía defenderlo cuando lo atacaban ausente, cuando estaba presente debían discutir mucho. Se ve que ella tenía opinión propia y que le gustaba decir la verdad.

En mi última carta creo que le dije la alegría que me había producido la lectura de sus documentos inéditos. El pleito de Bolívar y Briceño cuando eran vecinos de hacienda en Yare, etc. ¡Quién les iba a decir lo que iban luego a pasar juntos, y que casi por vengar la muerte de Briceño iba a firmar Bolívar el decreto de Trujillo!

En estos días me acordé mucho de usted y de todos los que trabajan por el resurgimiento de un espíritu nacional, honrado y fuerte, equivalente al de la Independencia, sin violencias ni aspiraciones de éxito personal. El conde de Keyserling hizo tres conferencias en las que demostró de un modo muy claro y convincente el fracaso inminente de nuestra época que llamó la era mecánica. Conoce admirablemente todos los idiomas y todos los países, pues es un gran viajero. Predijo el advenimiento de una nueva era mística que vendría del mundo ibérico, es decir de la América del Sur, por ser, dijo, un pueblo inintelectual pero intensamente emotivo. Como la exposición toda estaba llena de observaciones exactísimas sobre nuestros países, no pude menos que creerlo con ver-

dadera fe y alegría. Ojalá se vaya realizando la profecía.

Sus cartas, amigo Lecuna, me animan, pero me llenan de cierto temor: usted espera demasiado de mí. En todo caso su amistad tan sincera y generosa, su compañerismo, sus consejos, me causan una gran alegría interior, su comprensión en lo que se refiere a mi buena voluntad me compensa de muchas incomprensiones y me acompaña como la presencia de algo noble y fuerte: se parece a la fe.

Como me ha pedido varias veces que le haga preguntas le envío ese cuestionario tomado de mis lecturas de estos últimos días.

Lo haré en adelante con regularidad. Recibí los libros de Machado: el Cancionero y Centón lírico. Me dijo que me los enviaba por insinuación de usted: muchas gracias. Estoy buscando todo cuanto pueda hallar de folklore venezolano y pienso siempre con gusto en mi futuro viaje.

He oído hablar con mucho elogio de la publicación de las cartas de Bolívar que ha dirigido usted. Como homenaje a su memoria en el Centenario no podía hacerse nada más elocuente y efectivo. Yo no he comenzado todavía su lectura, quiero guardarlas para lo último, lo mismo que sus "papeles" aunque no he resistido la tentación de leer algunos ojeando los libros.

Pronto, cuando tenga menos cartas que contestar, volveré a escribirle largo.

Le mando ese pequeño comentario sobre el Centenario, que le guardaba y se me había extraviado. Según dicen en Madrid y en Roma el go-

bierno dió mayor importancia al homenaje. Salude mucho en mi nombre a sus hijás y reciba, querido amigo, la expresión de mi profunda y sincera amistad.

Su afectísima,

Teresa

## VIII.

París, 6 de abril de 1931

Querido amigo Lecuna:

He recibido su carta del dos de marzo que, como todas las suyas, me dejó en el espíritu una impresión confortante y clara, clara en lo que se refiere sobre todo a los proyectos en el porvenir. Tengo a ratos un deseo vivísimo, hambre casi, de viajar muy lentamente por el trópico, andando mucho a caballo, en canoa, a pie, en todo lo que camina despacio. Su carta ha venido a abrirme, aun más, el apetito, con su itinerario de 1924 por Junín y Ayacucho. Pero ¿no cree usted que los automóviles y los trenes son unos aisladores entre el país que se recorre y el viajero? Yo creo que sólo a caballo se debe aprender a conocer y a querer la tierra, a caballo se sienten todos los olores de las hierbas y de las matas cuando una rama nos roza la cara; se puede conversar con los peones, decir buenos días a la gente de los ranchos, al que está trabajando; recibir sol y agua

directamente del cielo con buen humor, sin quejarse. El confort nos pone insoportables, no podemos sufrir la menor incomodidad, todo se ve a través de una ventanita y cuando se regresa del viaje se tiene la impresión de haber estado en el cinematógrafo. Yo quisiera viajar como los peregrinos y los soldados: pasando trabajos, que esos tienen su recompensa.

Tiene mucha razón en lo que me dice sobre los amores de Bolívar, son secundarios, eran amoríos. Me interesaron mucho las cartas de Fanny en el "Boletín" dedicado a Bolívar. ¡Qué gusto tan sabroso tiene la verdad!, gusto de agua pura. ¿Por qué a los escritores románticos retardados del trópico les gustará tanto echarla a perder con perfumes y azúcar? Me refiero a los versos de que usted me habla y a muchas observaciones y apreciaciones del libro de Cornelio Hispano que por lo demás es interesante y agradable.

En mi última carta le mandé un cuestionario. Seguiré en adelante anotando las cosas que necesite preguntarle. Leí últimamente el libro de Basterra "Los Navíos de la Ilustración", que me interesó mucho. Su tesis sobre la compañía guipuzcoana está en desacuerdo con lo que dice Baralt en su Historia antigua de Venezuela. La considera abusiva y despótica. Basterra le atribuye la cultura misteriosa que aparece en Caracas á fines del XVIII, y todo el espíritu inquieto de renovación y de iniciativa que produjo la independencia. Yo a veces pienso, ¿no sería al contrario el aislamiento de los siglos anteriores, sin políticas, negocios ni contacto con Europa, lo que dió a

Caracas su alma mística que todavía se ve en algunas familias? Era un gran Monasterio al aire libre en contacto con la naturaleza que le daba al catolicismo un tinte pagano. En fin, me interesa mucho más que lo que pasa en nuestros días, lo que pasaba en Caracas en el siglo diecisiete. ¡Quién pudiera hacer un viaje allá, ése sí merecería la pena! Hace algunos días que he dejado de leer sobre América y Bolívar, para leer sobre cosas de Oriente, la historia del Budismo y demás influencias religiosas de la India. Volveré ahora con más gusto y con un espíritu nuevo a mis libros de América. Yo creo que es perjudicial leer demasiado sobre una sola cosa; a fuerza de verla continuamente acaba por no destacarse bien. Todo se aprecia mejor por medio de la comparación y la relatividad.

Le digo adiós por la hora, me llaman a comer. De nuevo las gracias y hasta cada rato, que a cada rato lo recuerdo en sus libros y tantas atenciones y buenas ideas. Su afectísima,

Teresa

P. D. Vi publicada en un periódico de Caracas mi conferencia de la Habana: un mamarracho lleno de errores y cosas que yo no dije, como, v. gr., que Santander era caraqueño. Noto que los periódicos de Caracas publican sobre mí, después de escoger cuidadosamente todo aquello que pueda hacerme aparecer bajo una luz desfavorable. Un día en una interviú hecha por un cronista, a

su antojo, *y que publican en un momento* inadecuado; otro día es un pleito tonto que me hacen tener con C. E., etc. Yo no me disgusto por eso. ¿Que más da? Pero tienen estas cosas un valor documentario útil para la historia y la novela: el espíritu de la ciudad pequeña. Qué importancia exagerada se le da al "figurar" socialmente, literariamente, políticamente. El público endiosa y envidia al mismo tiempo, sin medida, a los que figuran; no piensan en el vacío aburrimiento que causan a menudo sus elogios vanos. Yo he entrado felizmente ya en la edad en que sólo se vive feliz a la sombra, con algunos buenos amigos, los libros, la vida misma y el mundo interior del espíritu que da tanto cuando se cuida.

## IX.

París, junio 14 de 1931

Querido amigo:

He recibido su cariñosa carta con los datos sobre las Aristeguieta y la respuesta de mi cuestionario, que le agradezco con toda mi alma.

Acabo de releer su carta ya vieja de más de un mes: sus cartas tienen el don de reanimarme, me hacen mucho bien. Le he hablado muchas veces ya de mis crisis de desaliento y no quiero insistir, sé que es un dolor natural inherente a toda obra espiritual, por pequeña que sea, y lo acepto

con resignación. Leyendo últimamente la vida de Tolstoi comprobé con simpatía las luchas crueles que tuvo que sostener contra sí mismo ¡y fué tan grande! Es cierto que, como nos enseña el catecismo, tenemos siempre a nuestro lado el ángel bueno y el malo. Sus cartas le traen aire puro á mi ángel bueno, aire de allá, de los tiempos en que la vida era tan sana y dulce... Mi ángel bueno respira y me da luego consejos de esperanza y de alegría.

Trabajo siempre alrededor de mi proyecto, querido amigo, aun cuando nó leo directamente sobre Bolívar y la Independencia. Las cartas y los papeles no he querido verlos todavía. Estoy releyendo algunos autores que han tenido influencia en mí, por estimularme, pues a ratos me parece que he perdido la facultad de narrar; quiero leer también los místicos y algunos poetas, y pienso ir algún tiempo a Italia este verano. Cuando buscamos algo con cariño lo encontramos en todo, como a Dios; yo persigo el camino que me he propuesto - aunque no en línea recta - con humilde obstinación.

Mucho me alegraría que se llevara a efecto su viaje y pudiera verlo pronto en París. Yo no sé todavía cuándo iré a Venezuela, pero iré á ver y a oír con cariño todas las cosas del alma que no se pueden decir en los libros. Yo tengo una memoria deplorable: leo y olvido todo enseguida. Afortunadamente he trabajado con orden: me he armado de cuadernos de notas y cuento para más adelante con la otra memoria, la subconciente, que a veces nos reserva grandes sorpre-

sas en lo que se refiere al ambiente imposible de anotar.

Creo que le hablé en mis cartas anteriores de la Sociedad Americanista de la cual creo que forma usted parte, y de la que es alma el sabio profesor Rivet, el primer etnólogo, sin duda, de nuestra época. En una de sus últimas conferencias habló Rivet de la importancia que tendría el que una comisión de arqueólogos fuera a Venezuela a estudiar algunas tribus de indios (especialmente los que quedan aún en las sierras de Mérida y Trujillo), que podrían obtenerse datos interesantísimos para fijar muchos puntos obscuros sobre etnología americana. Yo hablé con Rivet luego de terminada la conferencia y le ofrecí escribir al General Gómez, de mi cuenta y riesgo, rogándole que hiciera estudiar el proyecto de llevar a Venezuela dicha comisión. Según me dijo Rivet, el gobierno francés colaboraría en financiar la expedición. Dígame qué piensa usted sobre el particular y quién podría influir más eficazmente en el asunto: me gustaría tanto poder ayudar, aunque indirectamente, en la realización de ese proyecto tan noble y tan desinteresado y tan urgente además, puesto que los datos van desapareciendo de día en día a medida que se borran las características de las tribus. Creo que en Venezuela se ha visto siempre con apatía y desdén todo cuanto a los indios se refiere. Rivet lo cree también así y en su conferencia especificó que era, por esta razón, Venezuela el país de América que más interesaba a la etnología, y que estaba seguro de que podrían hallarse datos de grandísima importancia.

A Dávila, a quien voy a escribir, voy a hablarle también sobre el particular.

Dígale a sus hijas cuánto agradezco su saludo y a V... con qué cariño y simpatía la recuerdo, aunque sólo la vi una tarde.

He buscado las conferencias de Keyserling (verdaderamente notables) para mandárselas, pero me habían informado mal: no las ha publicado. Parece que eran una especie de síntesis de su obra. Voy a buscar sus viajes a América, la del Norte y la del Sur, para mandárselos. Están traducidos al español, no creo que al francés. Pero hay una buena librería española donde me consiguen lo que les pida.

Dándole otra vez las gracias y con mis mejores saludos soy de usted amiga afectísima,

Teresa

P. D. Me olvidaba decirle: recibí carta, hace algún tiempo, de la condesa Rodellec du Poryie (es una vieja descendiente de Fanny a quien conocí el día de los funerales de Bolívar y me llamó la atención por su aspecto "vieille France", venía de su castillo de Bretaña y yo me decidí a hablarle sin presentación ninguna, pues la había oído decir al portero "soy de la familia de Bolívar", como reclamando puesto de dolorida, y me resultó por cierto muy interesante); pues bien, he recibido carta de ella hace algunos días.

Están medio arruinados según parece y han decidido vender un retrato al óleo, de cuerpo en-

tero, hecho, según creo, en Cartagena (no sé el año) y que Bolívar mandó de regalo a Fanny. Yo vi el retrato este invierno. Creo que sería una adquisición interesante para el museo Bolivariano o para la casa natalicia. No creo que pidan mucho. Supe por Vejarano, el historiador que usted conoce, que la legación de Venezuela había estado en tratos con la familia para adquirirlo para el gobierno; el resultado final fué negativo. Yo he escrito a la condesa pidiéndole el verdadero precio y una fotografía del retrato, diciéndole que me los remita para trasmitírselos a usted o que se los envíe ella directamente. Si los recibe, ya sabe pues de qué se trata. Le repito que me parece el retrato interesante y, según parece, tiene una carta que lo autentifica.

Existe también cerca de Marsella un viejísimo vizconde de Triobriad. Dicen que conserva cartas inéditas escritas por Bolívar en París. Si, como pienso, voy este invierno al Mediodía, iré a verlo, y si algo pudiera conseguir de nuevo e interesante me apresuraré a mandárselo. ¡Ojalá!

X.

La Baule, agosto 8 de 1931

Querido Lecuna:

Hace algunos días que me encuentro en este balneario con mamá, L... S... y su familia, des-

cansando de la vida encerrada de París, pero ¡cómo lo cambiaría por Macuto! Los veranos en Francia, salvo en la Costa Azul, se han acabado: llueve continuamente y hay que hacer un verdadero esfuerzo para entrar en el mar ¡a mí que me gusta tanto! Le envidio sus dos meses en Macuto, de verdadero contacto con la naturaleza y esos crepúsculos y esas noches tan llenas de colores y de estrellas. Lo felicito por los dos nietos y espero que los ataques de reumatismo lo hayan olvidado ya. Yo también soy algo reumática y muy propensa a los estados de depresión moral y física que me vienen sin duda de mi herencia tropical y de los años pasados allá. Ultimamente he tomado un estimulante de moda aquí, que le recomiendo (tal vez usted lo conozca), son los comprimidos D..., dan gran vitalidad y preservan, según aseguran, del cáncer; precaución digna de tenerse en cuenta.

Hace cosa de un mes, por negligencia de un cartero, se extravió una carta certificada que venía de Caracas dirigida a mí. He hecho diligencias por averiguar quién me la enviaba, pero aun no he podido saberlo. Es imperdonable. Tal vez sea la última de usted, cosa que sentiría en el alma. Se lo digo por si no ha recibido contestación mía y por si venían en ella papeles y datos interesantes.

En mi última carta creo que le hablabá de las diligencias que estaban haciendo para lograr que el Gobierno de Venezuela nombrara o invitara una comisión de arqueólogos y etnólogos, presidida por el profesor Rivet, para que fuese a Venezuela a estudiar los indios y todo nuestro pasado

precolombiano. Rivet había expresado en público ese deseo y yo escribí directamente al General Gómez. Hace algunos días recibí cable de Requena en que me decía que el asunto iba a resolverse favorablemente. ¡Ojalá así fuera! Usted, que es una de las pocas personas en Caracas que sienten el amor de las investigaciones desinteresadas, podrá, sin duda, ser muy útil a Rivet y a su proyecto: se lo recomiendo. Yo lo conozco más por sus conferencias que por trato personal; pero me apasiona su obra y su sincero americanismo.

Acabo de leer el Bolívar de Salaverría. Me parece de un tono impertinente y poco comprensivo, cuando no de mala fe. No se coloca nunca en el verdadero ambiente. No comprende el vértigo que llevó a la guerra a muerte y trata los fracasos sublimes de Bolívar con frivolidad y prejuicio. Tal vez nuestra historia ditirámbica del siglo XIX, tan rabiosamente antiespañola, tenga un poco la culpa, pero es indigno contestar a la injusticia con injusticias mayores, sobre todo cuando se trata del pasado. Pero esta clase de juicios me entonan y hacen bien por reacción. Me animan a seguir en mi estudio y en tratar de buscar el tono ameno y sereno en que puede hacerse la biografía de Bolívar. ¡Qué lástima que Mancini haya muerto sin terminar su obra! Pero, digan lo que digan los detractores cada día, Bolívar se va haciendo más grande y más actual.

El libro de Keyserling, del que le hablé, sobre la América española, no se ha publicado todavía, según me dijeron en París. Al aparecer se lo enviaré. No tema, querido Lacuna, el pedirme cuanto

necesite que no pueda hallarse en Caracas. Hay una librería americanista en París, la de C..., donde se encuentran muy buenos ejemplares agotados. ¡Sería para mí tanto gusto poderlo servir en algo!

Esperando tener nuevamente noticias suyas y con mis mejores saludos para los suyos, le envío mis sentimientos invariables de aprecio y simpatía. Su afectísima,

Teresa de la Parra

XI.

Leysin, 5 de abril de 1932

Querido amigo Lecuna:

Me perdonará enseguida el que haya esperado tanto para contestar a su carta de septiembre, tan cariñosa, tan evocadora, tan simpática, cuando sepa la razón: he estado enferma y me encuentro actualmente aquí, en este sanatorio de montaña, siguiendo un tratamiento. Tengo una lesión en un pulmón que empieza. Creo que me curaré, y que me curaré muy pronto, pero mientras tanto hago la vida de los grandes enfermos: reposo absoluto en la cama, soledad, silencio, aire puro y prisión completa entre la nieve. Como he renunciado a toda voluntad y a todo deseo, me siento en una especie de paraíso búdico y vivo muy feliz...

Acabo de releer su carta en que me habla de

Macuto: ¡si viera qué bien se evoca desde aquí, entre esta nieve y estos pinos! Sobre todo ese Macuto romántico que usted me describe con mi padre de novio, Don H... E... y usted todavía niño... ¡Qué lindo es Macuto y toda esa costa hasta Juan Díaz! Esas playas del trópico (lo mismo ocurre en los alrededores de la Habana), tienen un ambiente que embriaga un poco y que no puede compararse a nada. Yo tengo muy buenos recuerdos de Macuto. Allá escribí casi toda mi novela Ifigenia. Me encerraba a escribir en una casita en ruina que pertenecía a los Guzmán y no tenía techos sino en el salón. Yo lo hice barrer y puse junto a la ventana una mesa de pino y una silla de extensión. Oía las conversaciones de la gente por la calle, a veces se paraban junto a mi ventana abierta, sin sospechar que yo estaba del otro lado. Les intrigaba a algunos los motivos que me llevaban a encerrarme en aquella casa que les parecía horrible y a mí me encantaba: la hierba crecía hasta en la sala; veía por todos lados correr ratas y lagartijas; el matapalo estaba lleno de pájaros y a veces corría por él alguna ardita; las ramas inmensas me velaban el cielo... Por la tarde salía de mi escondite e iba a veces a bañarme en el río: ¡qué cosa única, inolvidable, son los baños de río en tierra caliente. No puede haber un contacto más íntimo con la naturaleza, uno se siente fundido en ella, se vive en el alma universal, en pleno panteísmo! Comprendo que proteste y le duela que echen a perder el río de Macuto quitándole sus árboles. Afortunadamente son tan tenaces y crecen tan de prisa.

A mi regreso de la Cote d'Azur pasé por Mar-

sella y vi al vizconde Triobriad, descendiente directo (según él y por la mano izquierda) de Fanny. Me contó cosas interesantes que anoté y que le mandaré cuando regrese a París. También le tengo una pequeña sorpresa para cuando me suelten de esta cárcel, es algo inédito, creo, para usted: una miniatura, pero quiero hacerla reproducir por un buen miniaturista.

Creo que esta vida, que tiene de cielo, de prisión y de convento, me va a hacer mucho bien. Siento una serenidad inmensa y una especie de benevolencia, de amor casi por todo y por todos. La vida de "la plaine", como llaman aquí la vida de los sanos, aparece en el recuerdo como algo infernal: ruido, velocidad, odios, luchas. Aquí es la paz y la bienaventuranza...

A veces me pregunto qué habría hecho Bolívar si en 1830 lo hubieran mandado a curarse a Leysin (que no existía entonces). ¿Cómo hubiera podido refrenar su actividad? Tal vez, como era tan complejo, se habría desarrollado en él el gran poeta que llevaba adentro.

Salude mucho de mi parte a toda su familia y ya sabe con cuánto cariño lo recuerda siempre su afectísima,

Teresa



# Cartas dirigidas al Dr. Luis Zea Uribe

## XII.

Diciembre, 1º de 1930

Mi querido y noble amigo:

Yo no sabía que el incidente con C... E..., tan injusto, como triste por lo vulgar, iba a darme el gusto de recibir una prueba tán noble de amistad. Si Ud. hubiera tenido la certidumbre material de mi inocencia en este asunto, su carta sería ya un acto de lealtad y de cariño, no teniendo más que certidumbre moral, su actitud me conmueve y me fortifica con otra fe muy necesaria: la fe de la amistad, esa especie de "comunión de los santos", como dice la Iglesia, que no deshace el tiempo, ni la distancia, ni siquiera la muerte.

Como Ud. ya me ha disculpado no sólo ante Ud. mismo sino ante los demás, me parece fastidioso e innecesario sincerarme. Ni en mis conferencias ni en conversaciones particulares recuerdo haber nombrado siquiera a C... E..., cuya obra conozco muy poco y cuya vida no conozco en absoluto. Como dice Ud. en la carta que le escribe a ella (yo también se lo dije en contestación a la suya), son estos lo "casos" por los cuales se juzga el estado de cultura de los que creen representarla

en un medio o en un país. Yo no creo que la cultura signifique conocimiento ni talento artístico, yo creo que la cultura es el control de todos los sentimientos por la honradez, es la armonía, la elegancia moral ante sí mismo. Pero para la mayoría de las personas ésta no puede existir sin un gran ideal místico: el anhelo del perfeccionamiento interior. En nuestros medios "intelectuales", o sea escritores y políticos, hay una especie de individualismo feroz y banal porque sólo se basa en la opinión. Cada uno quiere que lo exalten, el que merezcan o no la exaltación los tiene sin cuidado. Siempre están dispuestos a pelearse la clientela de admiradores, como en los mercados se pelea a los compradores. Todos gritan; ¡qué confusión de valores y qué deprimente para los que están realmente dispuestos no a admirar sino a querer a los abnegados y a los buenos! Yo no creo que C... E... tenga un espíritu vulgar; sin embargo, como está contagiada de esa hiperestesia de que Ud. le habla (y que es muy española), perdió todo control al sentirse herida por mí y halagada por el corresponsal que ella no conocía. Su reacción contra mí, pase; pero "el gallardo gesto" y el "amigo incondicional" a propósito de un chisme y de un chismoso, es una vulgaridad que no tiene perdón. Me figuro que el señor X. X. debe ser algún bromista de mal gusto y creo que su caso no tiene importancia; el mundo está lleno de personas anormales; él no tiene la responsabilidad de quien teniendo nombre y prestigio debe dar ejemplo de cultura. Este es el caso de C... E... Ella dirá, como me ha escrito a mí, que

su carta era privada, pero ésa no es una razón: la elegancia espiritual no deberíamos perderla nunca.

Recuerdo que a los pocos días de recibir el célebre recorte asistí a unos cursos sobre historia y religión de los indios aztecas que comenzaba un viejo profesor llamado Raynaud. Medio ciego, pobre, viejo, con vestidos raídos, daba su conferencia con esa generosidad del verdadero maestro que parece que en las palabras va regalando y repartiendo su alma. A través de ellas se comprendía que su vida entera había pasado en el trabajo profundo, humilde y sin brillo mundano de los sabios anónimos. ¡Cuántas horas de luchas y de esfuerzo para traer a la humanidad, sin recompensa, un rayito de luz que la ayude a comprender y a querer a todos los hombres! ¿Por qué los artistas en general y los escritores hispanoparlantes en particular, andan tan distantes de sospechar siquiera el espíritu de ese viejo raído profesor Raynaud? A propósito, sin que sea halago, mucho, muchísimo de ese espíritu de amor al prójimo, y a la verdad sin aureola, encierra el libro de Ud. Fué ese lado apostólico el que tanto me conmovió. Sentí lo que debía haber sacrificado de íntimo al desafiar los dos fanatismos feroces, el católico y el materialista. Hoy estoy convencida que de los dos, es preferible el primero; el segundo es más ciego, más soberbio y el único verdaderamente perjudicial. Me ha llamado mucho la atención, mi querido amigo, el observar a qué punto se indignan los adeptos de la religión de no creer en nada, cuando un hecho puede traer

un poquito de duda sobre sus doctrinas de egoísmo y de limitación. ¡Y cómo predica a todas horas el materialismo la vida de estas grandes ciudades, si nos dejamos llevar por la corriente y no nos vamos a buscar los rincones empolvados, y medio fríos, donde vive el alma de los distintos Raynaud! Yo he perdido en París mi lindo fervor que como una fiebre santa me atacó en el trópico. No quiere decir que haya perdido la fe, pero siento que mis ojos no pueden mirar "más allá" porque están contaminados de vida exterior. Yo no ceso de pensar en que el trópico, como el extremo Oriente, es tierra donde crece espontáneamente el misticismo. Las influencias europeas, importunas, inadecuadas y mal digeridas durante todo el siglo XIX nos han desorientado, y andamos casi todos locos buscando en el poder, en el dinero, en la reputación algo que es tan fácil de encontrar dentro de sí mismo en los países de sol con sólo levantar la cabeza en las noches o en las madrugadas y mirar al cielo. ¿No cree Ud. que la Colonia debía estar impregnada sin saberlo del gran misticismo de Oriente (budista o el primitivo cristiano, el del verdadero amor), y que la Independencia, manifestación de ese misticismo, le abrió la puerta a la charlatanería del siglo pasado? Yo veo a Bolívar como a un yoghi, efecto de trescientos años de valles de Aragua. Europa no lo dañó como a Miranda, quien me recuerda mucho, no sé por qué, a los escritores celebrados en ciertos periódicos de París, a fuerza de invitaciones y amistades, los cuales pasan a ser "genios" gracias

a la distancia y al buen cuidado de no publicar nada. Cada día me deprime más ese medio de mediocres de relumbrón que se hacen dar banquetes y nombrar por críticos benevolentes para hacer efecto allá, al otro lado del mar, a personas que en el fondo valen más que ellos y a quienes desorientan y envenenan con el espejismo de la notoriedad. Entre los muchos bienes que debo a mi viaje por Colombia hay uno que aprecio sobre todos: el de no haber sentido un momento halagado el amor propio por los homenajes, sino una especie de rubor muy hondo ante la idea de que me sobrepasaban. Esa reacción de humildad espontánea me ha hecho un bien inmenso, porque me ha despertado el deseo de merecer en realidad, a la manera de los místicos, y de los obreros de las catedrales de la Edad Media que esculpían una piedra y la colocaban en un lugar obscuro sin grabar su nombre. Ud. conoce esa satisfacción y sabe por experiencia, sin duda, puesto que todas las ha conocido, que es más intensa y más hermosa que la notoriedad. Pronto volveré a escribirle con más alegría y oportunismo. Está hoy el día triste, nublado, y a pesar de los radiadores hace frío, del que llega hasta el alma.

Quiero darle de nuevo las gracias por sus dos lindas cartas y decirle que como su libro y su amistad me acompañan por todas partes y me dan calor del bueno, del que reconforta el alma.

Crea, mi querido y noble amigo y maestro, en el cariño hondo y fiel de su afectísima,

Teresa

XII.

Septiembre 6 de 1931

Mi querido y gran amigo Zea:

Hace tiempo que no sé de usted, ni por referencia siquiera. Tampoco sé si soy yo quien he sido la última en no contestarle; es probable, pero las cartas, a pesar de que son un signo exterior de amistad, no son más que eso; ¡cuánto más íntima y más sincera es la presencia en el espíritu de un amigo ausente! De esas visitas, mi querido Zea, me hace usted muchas, y yo siempre lo recibo "tirando la casa por la ventana".

En su última carta me enviaba, recuerdo, su discurso en la cámara (hablando de la importancia del Helium), lo leí y durante varias horas me sentía impregnada de infinito.

Aquí estoy en la Cote d'Azur desde hace dos meses, primero con mi familia, luego con una amiga y ahora, desde hace un mes, enteramente sola. Este país es un encanto. Mientras en todas partes llueve, aquí el día nos da todas las impresiones de las cuatro estaciones del año. Las tardes son tristes con sus noches largas, pero al siguiente día volvemos a despertarnos a pleno sol y cielo azul radiante; es como una ducha de vida y de alegría.

En estos días de soledad he leído con reposo la historia de la filosofía del alemán Messer tratando de recordar tantas cosas mal aprendidas y olvidadas; este estudio me ha fortificado en mi renacimiento a la fe, del que fué usted la "voz en el camino de Damasco". Por eso lo he recordado

mucho. En las ciudades grandes, donde vive en eterna apoteosis la era mecánica, acaba ella por arrancarnos de un todo nuestra atención hacia lo material exterior y nos olvidamos de este reflejo de Dios que es nuestro yo. Lo encerramos en un rincón y no lo volvemos a ver ni a oír. Aquí, en Beaulieu, he pasado en cambio una temporada espiritual. Pasado mañana regreso a París y no he querido irme de aquí sin decirle que lo he recordado muy a menudo en mis paseos solitarios junto al mar, por caminos por donde casi nunca pasa nadie; usted me ha acompañado por ellos más de una vez: me parece oírlo conversar con su voz lenta y suave de maestro como lo escuché en casa de F... R...

Recuerdo que me ha pedido mi retrato: se lo enviaré al llegar a París; de aquí le mando ese que me hice sacar por el muchacho del hotel con mi kodak en el lugar donde tomo aún todas las mañanas mi baño.

Cuando pueda mándeme una palabrita diciéndome que está bien de salud y que no me ha olvidado. Muchos recuerdos a su señora de mi parte, y a todos los suyos, lo mismo que a la familia de R...

Para usted el cariño profundo de su afectísima,

Teresa

XIII.

Abril 3 de 1932

Mi querido Zea.

Recibí sus dos cartas en París, hacia el mes

de diciembre: me gustaron tanto como de costumbre, más que de costumbre. Esperaba un rato de intimidad para escribirle largo y contarle muchas cosas, cuando acontecimientos que no esperaba y que han cambiado enteramente mi género de vida, me han dejado sin escribirle hasta hoy. Pero no lo he olvidado: al contrario, en mi nueva vida lo recuerdo mucho y lo quiero aun más que antes. Aquí hay lugar y tiempo para sentir que se quiere. En las grandes ciudades (aunque sea París), no se sabe de sí mismo.

Estoy, como ve, en Leysin, en este Gran Hotel que tal vez usted conozca: es un sanatorio de tuberculosos. Estoy enferma, querido Zea. Tengo una lesión en el pulmón derecho. Parece ser que mi estado no es grave y que me curaré si me someto al régimen y no regreso a "la plaine", como dicen aquí, hasta no estar curada y sobrecurada, tiempo de prueba.

Yo estoy encantada de someterme a todo porque mi estado moral es excelente: un verdadero estado de gracia, nunca he sentido tan intensamente la dulzura de vivir. Y es que vivo dentro de la resignación; es lo que nos hace falta quizá cuando nos agitamos allá abajo en "la plaine"· renunciar a la voluntad y a los deseos. Sé de antemano que esta enfermedad es pérfida, sé cómo se engaña a los enfermos; sin embargo, desde el principio he estado de acuerdo con todo cuanto pueda venir: el dolor, la muerte, la salud. Mi vida es suave y feliz a pesar de que estoy presa, bloqueada entre la nieve, todo

el día en cama, ante el balcón abierto de par en par.

Cuando le escribí de Beaulieu y le mandé mi retrato ya estaba enferma, pero ni yo ni nadie lo sospechaba. Como sé que me quiere y que además por su profesión de médico le interesará mi caso, voy a contárselo.

Desde el año pasado, a los seis o siete meses de llegar de Colombia, comencé a adelgazarme sin razón aparente, sentía un infinito cansancio moral, un gran desgano de vivir, pero nada que me afectara físicamente. Me hice ver por un buen profesor especialista del hígado y del estómago, quien creyó en una apendicitis y me sometió a un régimen. Me sentí mejor. Llegó el verano y me mandó a vivir al sol y al aire libre. Yo compartí mi tiempo entre La Baule, playa de Bretaña en donde estuve con mi madre, y en donde como niño aprendía a montar en bicicleta y corría en ella al sol en traje de baño por la playa, que era inmensa. Esto me divertía mucho y en esto me pasaba tarde y mañana a pesar de la desaprobación de mi pobre mamá. Cuando acababa de hacer ejercicio me ponía a fumar. En agosto me fuí a la Cote d'Azur con una amiga cubana a quien quiero mucho y quien lo quiere mucho a usted por haber sido su colaborador en la nueva dirección de mi espíritu. En la Cote d'Azur, que adoro por su clima y porque se parece al trópico, seguí tomando baños de sol y baños de mar.

Cuando llegué a Neuilly me propuse hacer una vida higiénica que estuviese de acuerdo con la vida interior, y contra viento y marea (invita-

ciones, telefonazos, etc.) me levantaba temprano y caminaba tres cuartos de hora haciendo ejercicios respiratorios. Pero seguía adelgazándome. Empecé a sentir trastornos en la circulación. Un día me dí cuenta de que tenía la mano izquierda llena de verruguitas que se pusieron a crecer. Volví a casa del profesor, quien encontró muy bien todos mis órganos. Siguió pasando el tiempo, las verruguitas aumentaban y crecían. Un día fuí por casualidad a casa de un especialista de la piel acompañando a una amiga, y se me ocurrió mostrarle mi mano (me había dicho ya el primer médico que eran fenómenos sin importancia). Al verla me dijo el especialista lo contrario: que su experiencia le había demostrado que esas verruguitas (rarísimas) eran, por lo general, una reacción del organismo contra la tuberculosis. Volví a casa de mi profesor con este diagnóstico y volvió a decirme, después de auscultarme, que estuviese tranquila, que no tenía nada. Pero mi pobre organismo, tan noble, siguió avisando. Comencé a tener furúnculos, cosas que no conocía. Con este motivo me observé la temperatura y vi que tenía fiebre. Le atribuyeron la fiebre a los furúnculos, y la tos, que aumentaba, al cigarrillo. Siguió pasando el tiempo; había disminuído ya trece kilos desde mi llegada de Colombia; estábamos ya en febrero; habían pasado tres meses desde los primeros avisos, pero, como mi estado general era bueno, aunque preocupada (me angustiaba el fantasma del cáncer, al que siempre he tenido horror), seguí haciendo mi vida corriente, hasta que un día sentí dolor en la espalda. Volví alarmada a casa

de mi doctor y le dije que quería una radiografía. Me mandó a hacerla "para complacerme". ¡Si viera la angustia del pobre cuando tuvo que enseñármela! Cinco días después estaba en el tren, camino de Leysin... Y en Leysin estoy, querido Zea, haciendo la vida que ya le he descrito: cama, cama, cama, soledad, aire puro, nieve, montañas azules, libros, un aparato de radio, serenidad, resignación y, cosa que no conocía: una gran amistad conmigo misma.

Volví a leer sus cartas ¡con cuánto cariño! La manifestación luminosa de que me habla me ha conmovido mucho. En Beaulieu vi varias veces "la luz" que vino a visitarme. Aquí, en el mes de soledad que llevo, la he buscado mucho pero nada he visto todavía. Tal vez la llevo dentro del alma y es esta paz infinita y dulcísima que me acompaña sin cesar. Me interesó mucho cuánto me cuenta de sus viajes en la Cote d'Azur. Mi ideal es comprar allá una villa a orillas del mar. Cuando estuve en Beaulieu este verano encontré una que era un amor, con su jardín, de estilo provenzal, con su garage, amueblada con muchísimo gusto dentro del estilo, asoleada y cerca del mar. Costaba trescientos mil francos. Yo la dejé "apartada" en imaginación por no tener el dinero.

Pero siento que algún día lo tendré y compraré la villa, que se llamará Cantarella. Está en pleno campo entre Beaulieu y el Cap Ferrat. Cuando esté convaleciente me iré a Cantarella y Ud. vendrá con su señora a quedarse conmigo algunos meses. Salúdela a ella mucho; dígale cuánto me interesa y dígale que también a ella la quie-

ro por muchas razones, entre otras por lo feliz que lo há hecho a Ud.

Le mando esa fotografía de mi hotel para que vea la nieve que me rodea; ya se irá perdiendo, pues desde antier comenzó el buen tiempo. ¡Ya viene de veras la primavera! Si supiera con qué ansias la deseo: la humedad del deshielo y mi inmovilidad han favorecido mi tendencia al reumatismo.

No tema escribirme en máquina. No me hace mal efecto, al contrario; yo lo hago tan mal que me causa algo de admiración ver su corrección exterior e interior. Yo no escribo sino disparates ilegibles.

Escríbame cuando tenga un ratico. Salude mucho a todos los suyos sin olvidar a los amigos. Reciba, querido Zea, todo el cariño de su fiel amiga,

Teresa

## XIV.

Leysin, 11 de septiembre de 1932

Mi querido Zea:

Desde que recibí su larga carta, que aumentó mi ternura y mi veneración por usted, no había cesado de recordarlo ni un día. El peligro en que se encontraba su vida por esa operación problemática, lo mucho que había sufrido en los meses

de enfermedad, me parecían como nuevos lazos que me unían a usted. Una noche desperté bruscamente como si me hubieran llamado de parte de usted y pensé con una pena impregnada de cariño ¿qué le habrá pasado a Zea? No puede figurarse cuál fué mi alegría cuando hace algunos días recibí la carta del señor M... en que me decía el éxito de la operación. He dejado pasar algunos días sin escribirle, por causas exteriores, pero no crea que he dejado de estar unida a usted, ayudando con la llamita de mi deseo a salvar su vida. Tengo la seguridad de que he colaborado así, desde lejos, a la curación y que usted, de tiempo en tiempo, con las admirables antenas de su espíritu me ha sentido pasar en pensamiento por su lado...

Su carta de consejo y despedida ¡tan hermosa! me encantó y me consoló por adelantado de lo que nos estuviera preparando el destino a los dos. Ya no le temo a la muerte. La monotonía de los días, exactos en esta prisión, ha aumentado a mis ojos la velocidad de la vida: tengo la impresión de volar en un tren hacia un punto, al que no puedo tardar mucho en llegar. A veces me pregunto si será algún presentimiento esta sensación de viaje, pero son tales los progresos que he hecho, que no es probable ya que sea este tren el de la llegada definitiva.

Su descripción de la tuberculosis y la enumeración de sus experiencias personales me interesaron muchísimo. Aquí, al llegar, suelen poner al enfermo al corriente de la enfermedad porque consideran que es uno mismo su primer médico

A mí me parece muy buen sistema. Se afronta con valor la realidad, y se sabe cuales son los medios que tenemos a mano para curar o empeorar.

El Director de este Sanatorio, el doctor J..., que usted tal vez conoce de nombre, tiene escritas varias obras de divulgación amenísimas: "Comment éviter la tuberculose"; "La tuberculose pulmonaire" y "La cure de repos". Vi estos tres libritos en los primeros días de mi llegada. Creo que me hicieron mucho bien en todos sentidos. Hay fuera de los sanatorios, aun entre los mismos médicos no especialistas (y no se diga nada entre los profanos y la gente de países como los nuestros), una leyenda negra de la tuberculosis que corresponde a otra época (especialmente al romanticismo) y que es mil veces peor que la realidad. La gente se muere por ignorancia: no se cuidan por no confesar que están enfermos. Cuando se deciden a confesarlo viniendo a un sanatorio, ya es demasiado tarde, porque aquí tampoco se hacen milagros. Otra cosa que instruye mucho pero que desmoraliza algunas veces son los casos presentes de los otros enfermos: sus historias. A mí especialmente no me desmoralizan las recaídas ni los casos desesperados de los demás: los escucho con gran simpatía y los reconforto si puedo. Me parece repugnante ese sentimiento de cobardía de los que, porque están enfermos, no pueden oír hablar de agravación ni de muerte: me parece como si estando en la guerra se saliera corriendo. Algún día, sin embargo, si lo veo le contaré en detalles la muerte de una amiga de 18 años vecina mía a quien nunca vi. ¡Qué linda su muerte!

Yo sabía por la "femme a chambre" que estaba condenada a muerte, que apenas se levantaba de la cama y que estaba sola. Su familia, gente muy rica de la provincia francesa, tenía horror a la enfermedad y a los sanatorios y apenas venía a verla de paso. Yo sabía lo sola que se sentía. Yo tampoco salía entonces de mi cuarto: ella me conocía por los pasos y yo a ella por la tos. No esperaban su muerte sino para el otoño, pero un día de mayo se agravó de pronto y murió en la madrugada del siguiente día. Yo le había mandado flores en la tarde y sus últimas palabras parece que fueron para agradecérmelas por medio de la sirvienta, quien le decía todos los días de mi parte "que no se creyera sola, que yo estaba cerca de ella acompañándola". Yo no tuve noticias de la gravedad, pero sentí su muerte al ver por la ventana el paisaje: había caído una niebla muy fina sobre los árboles que empezaban apenas a echar las hojas... No oí toser y llamé a la sirvienta para preguntarle: "La petite d'a cote (nunca supe su nombre) est morte, je le sens et je ne l'entend plus tousser". La sirvienta me lo negó para no impresionarme y porque es consigna de los sanatorios esconder la muerte. Lo supe dos días después cuando ya la habían sacado de noche, sin ruido, como si se tratara de un crimen, pero yo, sabiendo sólo por mi sensibilidad que se había muerto, la estuve llorando todo el día en que estuvo tendida, delante de su paisaje de nieve, sola, con las flores que yo le había mandado la víspera, entre las manos. Parece que era muy linda y que murió creyendo que iba pronto a levantarse para ir a pasar unos días

en su país (era del sur de Francia). No creo posible que la muerte pueda dejar una impresión de poesía y de levedad tan grande como la que me dejó la de esta niña. Me pareció de una belleza infinita y me pregunté durante varios días cómo había podido temerla tanto en otro tiempo...

.. .. .. .. .. .. .. .. .. .. .. .. .. .. .. .. ..

En fin, querido Zea, creo que aún nos quedan a los dos algunos años de vida y de calma, y que aún nos veremos en algún rincón de este mundo. Yo deseo mucho volver a América cuando haya terminado enteramente mi cura; ¡ojalá pudiera llegar hasta Bogotá!

Muchos saludos a su señora, a sus hijos, a todos los amigos. Para usted un abrazo muy apretado de felicitación, y todos los sentimientos de cariño y veneración que guardo a todas horas para usted en lo mejor de mi alma. Su afectísima,

Teresa

## XV.

Leysin, 2 de enero de 1933

Mi querido Zea:

Quiero que mi primera carta del año sea para usted: me figuro que lo habrá empezado en plena paz en ese lindo campo que me describe, en donde puede tener un telescopio, para vivir de noche

con las estrellas y de día con la naturaleza. Yo no me quejaría nunca de Leysin si hubiera aquí todo eso, y ahora no me quejo porque hay sol aunque no nieve que tanto me alegra, pero si viera, Zea, lo que se llama primavera y verano: ¡niebla y lluvia, y niebla y más lluvia! Es desesperante y deprimente, y tengo además la impresión de que tanta niebla le hizo daño a mis bronquios.

Mucho pienso en la salud de su señora; espero que los últimos meses de los Estados Unidos le hayan hecho, como a usted, muy bien. Después de sus cartas últimas lo veo con los ojos del espíritu, clarísimo, enteramente curado, con muchos años de vida apacible, de vida en pleno campo, para enseñarme muchas cosas que no conozco; ¿tal vez el mundo de las estrellas que tanto me apasiona, allá en su telescopio? Veo un gran patio de café delante de una casa, veo bambúes, jazmines, ruido de agua, palmas con muchos cocuyes y el gran cielo claro con racimos de estrellas. La vida aquí no tiene sabor, es como un campo que no huela nunca a nada. Todo el mundo está como si lo hubieran hecho en serie y le hubieran marcado, hasta el fin de la vida, los actos y los movimientos todos que debe ejecutar. Esto es lo que se llama civilización, está muy bien para fundar sanatorios y establecer un confort irreprochable, pero ¿y el espíritu que no se exalta nunca y que anda siempre sin tropezones y sin ruido como si caminara sobre la nieve?

Quiero hablarle de mi salud; no me da miedo molestarlo con eso porque usted es médico y porque es además mi grande, mi mejor amigo. Creo

que usted reúne las condiciones del amigo espiritual perfecto: ha vivido, es médico, lo que quiere decir que ha vivido más humanamente que los demás, y es, además, sabio no sólo de ciencia sino de sentimientos.

Todo debe comprenderlo, sabe que el mal, el bien, las debilidades, los errores, son enfermedades del alma. Debe ser una gran satisfacción tener una intensa vida espiritual y darla a compartir, a curar a un espíritu generoso y fuerte. La iglesia católica instituyó con la confesión un admirable camino de perfección, pero, desgraciadamente, los confesores no están siempre a la altura moral de su misión, y la confesión resulta entonces lo contrario, una violación arbitraria y vulgar de los secretos del alma.

Me he dejado deprimir mucho, Zea, en estos últimos meses, y esa ha sido la causa por la cual no le he escrito: ¡tengo ya tres cartas suyas sin contestar! Este silencio con usted y con otras personas que me quieren también, es una especie de rebeldía contra la enfermedad, la rodeo de silencio y de soledad, como si quisiera vengarme negándole expansión, y eso es una maldad muy grande, de las que deben confesarse. Mi última carta debió de ser de agosto. Hasta entonces todo iba muy bien: vivía en paz gracias a una fanfarronería que sentí desde el primer día que supe lo que tenía: tuberculosis...

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

Me había ido del Grand Hotel, que es el sanatorio principal de aquí, en parte por economía,

pero sobre todo por la vida social, que me tenía cansada; ¡me es tan indispensable la soledad durante varias horas por lo menos para aguantar esta vida de destierro! Pero ahora me siento demasiado sola, en este hotel pequeño a donde me he mudado, y he decidido regresar mañana al Grand Hotel. He escogido un cuarto muy alto con una vista muy linda, y me anima la idea de instalarme en él arreglándolo con algunos cuadros y mis libros, de manera que no parezca cuarto de clínica. Tendré el valor de poner en la puerta un letrero que diga "pas de visites", lo que me permitirá pasar el día en paz. En las tardes bajaré a ver el mundo: una o dos horas de sociedad bastan; ¡si pudiera volver a escribir qué feliz me sentiría!

Hay en estos sanatorios un espíritu de fraternidad que es simpático. Como todos vivimos bajo el mismo temor y el mismo régimen, como en la guerra, se desarrolla un espíritu de compañerismo generoso y sincero. Junto al drama de los más enfermos, que van decayendo y despidiéndose de la vida, con mucha dignidad generalmente, hay la vida mundana de los que no saben estar solos y que invitan continuamente a su cuarto o vienen a hacer visitas. Estas son terribles y son naturalmente casi siempre las menos interesantes. Tengo sin embargo buenas amigas por quienes siento verdadero cariño y con quienes me gusta conversar alternando así los ratos de soledad. Lo terrible es la invasión, la amenaza continua del bacilo, tos en la puerta. Desde que se hace intimidad con el ambiente social, se vive bajo el régimen de las ciudades de Sur América: no se respeta nada la

soledad. Hay naturalmente todas las consecuencias también de la vida en las ciudades pequeñas, bromas de unos con otros, enemistades, flirts, chismes, etc., que ayudan a pasar el tiempo. Pienso cuando esté mejor pasar mis ratos de actividad visitando las clínicas populares, las de los niños, el sanatorio universitario, etc. Hay mucho bien que hacer acompañando a los enfermos o llevando a los pobres un pequeño recurso; hay además mucho que observar y que aprender. A mí me entona mucho ver de cerca el dolor, aunque me entristece, la vida se me anima toda, se me llena de sentido, lo que no ocurre nunca cuando se está en compañía de la gente rica y vacía.

Ya es hora de que me despida: le escribo desde mi cama mientras espero que me traigan el desayuno. Me despierto todos los días al amanecer de modo que, si fuera esto un campo de verdad, oiría el canto de los gallos que tanto me gusta. Pero el encanto de Leysin es el silencio. Pudiera llamarse la ciudad de los tísicos, o la ciudad del silencio. Hay cuatro mil tuberculosos de todas edades y clases sociales. El año pasado me asomaba a veces a mi balcón de cura, de donde se dominaba todo el rebaño de hoteles, clínicas y sanatorios que se van escalonando en la montaña, y pensaba cómo podría tanto silencio y tanta inmovilidad cubrir tanto dolor. Me parecía nuestro Grand Hotel una fortaleza y sentía animarse en mí cierto espíritu socialista (no diré bolchevique) que me asalta muy a menudo.

Me parece lamentable, querido Zea, la guerra

que quieren atizar entre Colombia y el Perú. No es el sentimiento que nace espontáneamente en las guerras de independencia, por ejemplo, sino sentimientos falsos, invitación del nacionalismo con su gran vanidad colectiva organizado por la prensa. Sé que cuando se está cerca no se piensa así. Si viviera en Bogotá estaría seguramente como amiga de los colombianos, exaltada contra los peruanos, y seguramente iría también a tomar mis clases de enfermera a la Cruz Roja; pero desde lejos veo las cosas como son en realidad; me parece criminal y estúpido ir a matarse y a sembrar odios por unos kilómetros cuadrados de selva; ¡a nosotros que nos sobra la tierra!

Cuando me escriba dígame cómo sigue su señora; la tengo presente muy a menudo, y deseo con toda mi alma su salud por ella y también por usted, para que sean enteramente felices en ese retiro que usted me describe.

Yo sigo encadenada como los presos de Sing Sing. ¿Hasta cuándo? Quién sabe si el neumotórax me deje libre.

Reciba, querido Zea, junto con esta carta interminable, un abrazo muy sincero de su amiga que tanto lo quiere y lo admira,

Teresa

## XVI.

Leysin, 28 de febrero de 1933

Mi querido Zea:

Acabo de recibir su carta de fines de enero.

causada por una bronquitis banal y veía de continuo el fantasma de la enfermedad crónica.

Estuve ausente de Leysin y vi demasiados médicos. J..., que es un sabio y un santo y en quien tengo de nuevo una fe absoluta, me aseguró siempre la curación por los medios naturales, sin intervención ninguna, dejando al tiempo hacer su obra ayudándolo con reposo y aire puro. En enero regresé al Grand Hotel, de donde me había ido. Estoy instalada en un cuarto muy alto y muy alegre de donde tengo una vista estupenda sobre la planicie, luz y sol de la mañana hasta la tarde. El invierno ha sido templado. La última radiografía confirma la opinión de J..., y lo mismo los análisis. De modo que no pienso en intervención ninguna. Me acojo a la paciencia, que no quería aceptar al principio, como la mejor terapéutica de la tuberculosis. Pero figúrese ¡cómo iba a aceptarla al principio, si cuando llegué creía que a los tres meses estaría curada! Ha pasado un año y todavía me falta. Aunque nunca tuve cavernas sino infiltraciones, éstas se han cicatrizado. Se hallaban extendidas en la parte superior del pulmón derecho que se veía oscuro en la radiografía. Hoy está claro como el lado sano, de modo que el progreso es visible aún a los ojos más profanos. Y si viera mi aspecto físico: me alarma casi el color de salud de mi cara, el de una verdadera montañesa suiza. Nadie podría sospechar que estoy enferma, y me siento en relación con mi aspecto: divinamente. Esto a menudo es perjudicial. Los enfermos se creen bien, se van y son luego las recaídas mortales o de larguísima curación. J... me asegura que mi curación lenta

me dejará inmune en el porvenir y yo lo creo, de modo que no me duele el tiempo empleado ahora. Creo que para mi estado general este año de reposo ha de ser excelente. ¡He ganado años de vida! Ayer vi al doctor J... Le pregunté si había recibido la carta de usted y me dijo que sí, que iba a contestarle pronto.

Acabo de recibir carta de París, de mi madre, quien vive allá actualmente con una de mis hermanas casadas y con quien pasé en Vichy los meses de otoño. Me dice mamá en su carta que fué a ver a la señora de V... C... y la encontró muy afligida, pues además de su marido tiene a uno de sus hijos en la guerra. Me cuenta la conducta de los peruanos en Lima con la legación colombiana. No lo sabía, pues como ya le he dicho vivo aquí en el limbo, apenas leo dos líneas en un periódico dando noticias lacónicas, y eso es todo. Voy a escribir hoy mismo a la señora V... C... diciéndole cuánto pienso en ella y expresándole mi simpatía y gran cariño por Colombia que quisiera gritar hoy por todas partes.

Dígale muchas cosas afectuosas de mi parte a su señora y a todos los suyos, y usted, querido Zea, no olvide que siempre lo quiero con el mismo cariño y agradecimiento. Su afectísima,

Teresa

XVII.

Leysin, 25 de marzo de 1933

Mi querido Zea:

Otra vez, a pesar de lo que tanto me reco-

mienda en su carta, creo que he dejado pasar demasiado tiempo sin contestarle o mandarle por lo menos noticias de mi salud. Perdóneme, "no se ponga bravo" como dicen en Caracas: ¡si supiera cómo lo recuerdo y cuánto me acompaña!

Yo creo que ya le conté que aquí, en Leysin, no hay tiempo. Kant (si no me equivoco) dice que el tiempo no es sino una forma de nuestra sensibilidad o manera de ver nuestra. Aunque nunca he llegado a comprender bien esta verdad metafísica, aquí en Leysin la he comprobado; de modo que ha venido a ser para mí una especie de dogma. "El tiempo no existe", me digo a cada rato. Y creo que me consuelo de que vaya pasando sin casi vivirlo. Contra lo que se figuran los enteramente vivos, los de "la plaine" como dicen aquí, los días vuelan. Me recuerdan los caballitos de madera de la feria allá, en lo más lejos de mi infancia. Cada quince o veinte segundos como por magia aparecía la misma cara o el mismo porte ante la vista. Aquí, ese porte y esa cara es la voz del criado por la mañana a las ocho menos cuarto que entra con el desayuno, y a las doce de la noche, con la luz ya apagada, la voz tenue pero muy clara de la radio con la cual me voy quedando dormida. Pero, como en los caballitos de palo, esas dos voces se suceden con el intervalo de algunos segundos y también como algo misterioso de magia...

.. .. .. .. .. .. .. .. .. .. .. .. .. .. .. .. .. .. ..

Me interesa mucho lo que me dice acerca de la "renovación o reconstrucción del hombre anti-

guo". Tengo una gran fe en la autosugestión que practico en Leysin con mucho éxito. Es el sistema Coué, que usted debe conocer y del que la gente profana se burla a menudo. Yo no lo practico para obtener cosas materiales, ni aun la misma salud, porque creo poco en su eficacia para cuanto es exterior, en cambio es decididamente de gran eficacia para todo lo que es de orden moral. Por ejemplo, para el desarrollo de la memoria, la voluntad, para la alegría interior, para despertar el interés por algún estudio, da verdaderos buenos resultados. Aunque se parece al sistema de visualización de que usted me habla y que yo practicaba ya tal vez por insinuación suya telepática, al rezar por los muertos, el sistema de Coué difiere en que es completamente mecánico. Aconseja repetir la palabras en voz alta o por lo menos bien articuladas sin pensar en ellas, durante diez o doce veces. Aseguran que es mejor no concentrar el pensamiento porque esto estorbaría al inconsciente que como una tercera persona escucha lo que decimos. Es a él a quien necesitamos domar y enseñar como a un animal que se educa para el circo. Parece que sus posibilidades son infinitas e insospechadas de nuestro mundo consciente al cual estorba o, según su capricho, ayuda. Es el caso que desde hace más de un año hago, después de vestirme y antes comenzar el día (nunca estoy sin hacer nada), cinco minutos de autosugestión. Luego, al rezar por E... I..., trato de verla en los diferentes lugares en donde solía estar en vida: en las distintas habitaciones de la casa de Caracas o de la casa de hacienda, en el patio, en el reci-

bidor de entrada, y estas imágenes me acompañan después mientras leo o tomo mis notas. A decir verdad no sé cómo me ha venido esta segunda costumbre que usted llama de visualización. Hace ya un momento, mientras le escribo, que me lo estoy preguntando. ¿Ha sido quizás consejo suyo? Hace un año sólo ejercía la autosugestión del sistema Coué. Voy a acentuar la visualización, creo que tiene en efecto muy buena influencia en mi espíritu. Como le he dicho muchas veces, yo no soy desgraciada en Leysin, al contrario, me considero feliz, más feliz de lo que he sido quizás en todo el resto de mi vida anterior, pero es una felicidad triste y negativa.

Yo hablo a menudo del nirvana para definir esto, pero le doy el sentido pesimista que le da Schopenhauer y que es, creo, el puro sentido ortodoxo: ausencia de deseo hasta la negación de la vida. Ni goce ni sufrimiento. Un bienestar continuo de limbo donde nunca llega nada que nos hiera ni el alma, ni los sentidos, ningún ruido desapacible, un servicio impecable, una cama blanca y caliente, los libros, la linda vista, la radio (casi sin parásitos) que nos lleva como fantasmas invisibles y con alas a los teatros y salas de conferencia, de donde nos vamos sin ruido y sin que nadie nos vea. Pero todo ese bienestar es silencioso y negativo como la nieve que cubre los árboles y el suelo. Hoy precisamente antes de empezar a escribir a usted recibí una carta de una amiga (una hija de G... M..., el escritor español) que ha pasado la pobre cuatro años inmóvil por una tuberculosis de la columna. Como ya está casi bien

bien y puede circular, va a pasar unos días abajo y para despedirse me pregunta "¿qué necesita, Teresa, de Montreux o Lausanne?". Me quedé mucho rato repitiendo "qué necesito..." hasta convencerme de que en realidad no necesitaba nada. Le contesté diciéndole que acababa de descubrir que yo era "la mujer que no necesita nada" y que este descubrimiento me había dado tristeza. ¿Cree usted que es para alegrarse o para entristecerse descubrir en sí tan gran falta de ambición? ¿No será, Zea, una señal precursora de la muerte? ¿La vida que siente o sabe que debe desprenderse?

Viernes Santo.

Interrumpí mi carta y me han pasado varios días sin continuarla. La releo hoy y me reprocho con toda mi alma de hablarle de muerte y cosas tristes. Hoy, día de la muerte del Señor, hace un día radiante de primavera, lleno de rumores, de sol y de cantos de pájaros. Se siente la resurrección y pienso con alegría infinita en que algún día tomaré el vapor y llegaré al continente en un atardecer lleno de estrellas... ¿cómo el de Ifigenia? Acabo de leer un reportaje de N... C... sobre la región del Amazonas. Además de ser muy interesante me recuerda mi viaje de 1930 por el Quindío y el Magdalena. ¿Volveré algún día a Colombia?

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

A propósito, como ya varias veces me pre-

gunta direcciones de personas que puedan darle cuenta de mi salud, voy a mandarle dos. La primera (que es actualmente la mía de París o por lo menos donde se hallan mis muebles y libros) es la de mi hermana: Mm. L..., 1ter. Boulevard de la Saussaye Neuilly-sur-Seine, París. La segunda es la de la otra hermana que vive con mamá (ésta no sabe mi verdadera enfermedad, se la ocultamos creyendo que sería cosa de unos meses y hemos tenido que ir prolongando el engaño). Se llama esta hermana Mme. B..., vive: 6 rue Bellevue Suiresnes (pres París). Las dos hermanas vinieron a acompañarme este invierno, pues somos muy unidas, y yo espero ir en mayo a pasar una temporada en familia, junto a mi pobre madre que vive suspirando por verme y me dice a menudo en sus cartas que le asusta mucho este mal de los bronquios que se prolonga tanto y que "me cuide para que no vaya a degenerar en tuberculosis". ¡Cómo se dejan engañar los pobres viejos y todos los que quieren! Temen todo lo malo pero no realizan la presencia de una enfermedad grave: ¡como si el ser querido fuera intocable!

Otra cosa que me ha gustado mucho de su carta es su amor y su fe en América. Yo comparto su amor, con esta doble energía para querer que da la distancia, la nostalgia y la soledad, vivo casi entre recuerdos "de allá"; comparto el amor pero no la fe. ¿Seremos en realidad algún día países verdaderamente superiores? ¿Es cierto que de esa mezcla terrible de razas, podrá formarse una homogénea con verdaderas cualidades de raza

superior? Estoy leyendo a Gobineau que, como usted sabe, es tan poco optimista en todo lo que se refiere a razas mezcladas, todo lo que no es ario...

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

Como no me gusta aceptar estas ideas derrotistas voy a leer las que sostienen la teoría opuesta a Gobineau. Creo que Vasconcelos, el mexicano, sostiene la tesis contraria; voy a leerlo lo mismo que a Keyserling. ¿Qué autor me recomienda usted?... Se me ocurre, como contestación suya, que busque las pruebas en mí misma: visualizando... ¡Es cierto..! ¡Qué lindos rasgos de carácter entre nuestros pobres negros del campo y tanta gente humilde, llena de generosidad y de verdadero amor o caridad en su sentido más puro..! ¡Toda nuestra infancia y juventud está llena por ellos! Pienso en Vicente Cochocho que existió y resucitó por visualización en Mamá Blanca. ¿Qué diría de él Gobineau? Era ingobernable y no tenía ninguno de los rasgos que constituyen la civilización simétrica y ordenada de los arios, es cierto, pero, ¿y su desinterés, su inmensa caridad y su lirismo de todas horas? Concluyo pensando que los arios están en su papel organizando sanatorios, ejércitos y ciudades donde reine el progreso, pero que allá, en medio de esas razas que no se sabe a dónde van, se siente de un modo muy hondo la dulzura de vivir...

Tenía aún muchas cosas que contarle pero se me hace tarde y no quiero que esta carta sea in-

terminable. Guardo para la próxima contarle un caso de tuberculofobia (contra la cual emprenderemos algún día nuestra campaña), ocurrido hace dos o tres años pero vive en la tradición y varias personas me lo han referido. Son los personajes: la enferma llamada N. N., los padres que la abandonaron (peor que a una leprosa): no quisieron venir aunque ella los llamaba y no se ocuparon siquiera de enterrarla, y el novio, que tiene el "beau role", llamado X, médico, quien la acompañó y la ayudó a bien morir, le compró un terrenito en el cementerio de Leysin y allá la enterró. Pero me doy cuenta de que ya conté el caso. Lo cruel, lo terrible es que la familia, viviendo en París, no contestaba siquiera a las cartas del médico en que éste le decía que la niña se moría y quería verlos; no contestaron tampoco al aviso de la muerte. Sólo mucho tiempo después escribieron diciendo que podían quemar o disponer de las ropas y alhajas, que ellos no querían nada. La muchacha no tenía veinte años y estaba aquí enteramente sola. ¿Serán ellos unos N. N. que conocí hace años en París que tenían fama de ricos?

Con esta historia quizás indiscreta pongo punto final a mi carta. Volveré a escribirle pronto dándole cuenta de mi salud y proyectos.

Frente a mi cama de donde le escribo, siento que usted me acompaña y me aconseja tener paciencia y esperanza.

Saludos a todos los suyos, lo mismo que a los amigos y reciba todo el cariño y devoción de su fiel amiga,

Teresa

XVIII.

Leysin, 21 de mayo de 1933

Mi querido Zea:

Le escribo desde mi terraza de cura, en cama, con un día de primavera maravilloso, cosa que no es aquí muy frecuente. Como tengo la cama pegada a la baranda y hay una vista muy linda sobre el valle, me parece que voy viajando en aeroplano. Me acuerdo de aquellas travesías ideales que hice en Colombia sobre el Magdalena y el Atlántico... Era quizás el anuncio de todo lo que iba a saber después sobre el espíritu y de lo que iba a experimentar en Leysin de vida desmaterializada. Su libro "Mirando al Misterio" me seguía y me esperaba para la otra travesía. Como en su carta pregunta cuál será mi cuarto en Leysin, he sentido miedo de que su pensamiento vaya a equivocarse y entre en otra de las muchas ventanas abiertas, en donde la luz llama a las mariposas de la noche y tal vez también, ¿por qué no?, a las ondas del pensamiento viajero... Para que el suyo no vaya a equivocarse de ventana le mando la mía, para que la aprenda bien. Como ve, mi cuarto hace esquina, tiene vista sobre la montaña por la ventana de la izquierda y al frente sobre todo el valle de Aigle. Estoy en el piso más alto de este Grand Hotel que está en lo más alto de Leysin. Tengo a la vista, muy claros en este momento, destacándose sobre un cielo tropical, todos los picos célebres de los Alpes: Les Dents du Midi,

detrás el Mont Blanc, más cerca el Chamoyere y otros cuyos nombres no recuerdo.

Mucho me interesa saber que está traduciendo a Gompertz. Yo tengo un volumen de su obra "Les Penseurs de la Grece". Espero que leeré algún día su traducción. Desde que llegué a Leysin comprendí que la simple lectura de cosas fáciles, es decir, de mera literatura, no podía bastar a llenar la vida, y que era menester para llevar con resignación esta existencia de presa o de paria, hacer trabajar el espíritu, como los cartujos y benedictinos. Creo que ya le dije que me había propuesto como placer estudiar la historia de Grecia y de Roma con todo lo que a ella se refiere: historia del arte, literaria, de la filosofía, de las religiones, etc. Usted sabe, en su gran erudición, lo amplias que son esas materias y los años que se necesitarían para conocerlas bien. Debería empezarse por las dos lenguas y yo apenas tengo algunas nociones de latín; pero, sin embargo, sin esperar haber conocido a fondo, el viaje en automóvil a través de esas épocas lejanas le han dado a mi espíritu un equilibrio y comprensión de la vida que le estaba haciendo mucha falta, y que espero seguir cultivando. Tengo la suerte de que hay en el Hotel una estupenda biblioteca de dieciocho mil volúmenes que se ha ido formando en los cuarenta años que tiene de existencia este Hotel. Gracias a la biblioteca los enfermos capaces de hacer vida interior llevan con alegría la enfermedad. Pero es desolador ver la cantidad de gente que se mata porque no puede vivir lejos del mundo. En el año y pico que tengo aquí he visto lle-

gar varios casos de recaídas mortales, entre otras una compatriota, nieta del general G..., educada en Europa. Murió a los veinticinco días de haber regresado. Tenía diecinueve años y estaba recién casada. Uno o dos años antes se había ido curada, pero en lugar de cuidarse se puso a bailar, andar en auto, trasnocharse, etc. Y pasó lo que era fatal. Todo porque no pueden resistir la vida de sanatorio, que podría, sin embargo, ser tan dulce y tan útil para un alma joven que empieza a vivir. Pero todo eso es consecuencia de la mala educación, de la falta de disciplina moral que hay en ciertas clases sociales. Parece que en los sanatorios populares y en los de las clases modestas, el espíritu que domina es otro que el de éstos en donde la gente poco acostumbrada a dominarse vive desesperada con la enfermedad; cuando no hacen las locuras aquí mismo, se van a hacerlas a París y regresan para no levantarse más.

Después de escrita mi última carta tuve ocasión de enterarme mejor por la prensa y también en conversación del conflicto entre Colombia y el Perú. Aunque ya parece terminado, sobre todo después de la muerte de Sánchez Cerro, no había quien conociendo el caso no estuviera en favor de Colombia. Los colombianos, empezando por usted, han dado un lindo ejemplo de heroísmo y yo me siento unida a él, pues de estar bien de salud creo que habría pedido mi parte yo también, sin que fuera esto otra cosa que pagar algo de mi deuda.

No crea, Zea, que yo le guardo el menor rencor a C... E... Creo que ella fué víctima, como yo, de un "malentendu". No le guárdo rencor, aunque

no me interesa nada su carácter y si pudiera alguna vez hacerle un bien se lo haría. La leyenda de mi difamación ha quedado bien asentada. Es cierto que "palabra y piedra suelta no tienen vuelta". Pero es ése uno de los achaques del oficio de escritora. ¡Cuántas cosas me han hecho decir que no dije nunca! Cuando no son sino tonterías no me importa, pero que me presten ciertas mezquindades que me repugnan, eso me duele y me cuesta dejarlo decir y creer sin protesta.

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

En todo caso, diríjame siempre aquí sus cartas que me las harán seguir donde quiera que me encuentre.

Yo no tengo su dirección en Bogotá, de modo que le envío ésta a Barranquilla certificada, esperando que de allá la manden a buena dirección

Nada me dice de su salud, sino que piensa regresar a Bogotá. No sé por qué me parece que el clima de la costa no debe ser bueno para usted que estuvo ya enfermo y necesita clima templado.

Yo suspiro por vivir en un lugar en donde se cuente seguro con el sol; es el cielo azul lo que me da la impresión de libertad infinita, aunque no salga de mi cuarto y mi terraza, y la niebla lo que me pone como presa de subterráneo, de "oubliette" como las de la Edad Media.

Hace más de dos horas que escribo sin parar, mal, seguramente, como lo hago siempre de primera intención y compruebo después cuando releo.

Ya lo creo que me acuerdo del médico joven

ante quien pasé como única pasajera mi visita de sanidad. No olvidaré nunca su acogida como tampoco la de la señora C... de... (no recuerdo el apellido) y su marido que eran gerentes del Hotel de Buenaventura. Yo me sentía tan sola y tan perdida a la ventura en mi buque petrolero, que me parecía de piratas ingleses del siglo XVII, y me fué una impresión tan dulce al tocar tierra sentir que me tendían los brazos.

Usted, querido Zea, es para mí el símbolo de Colombia, lo quiero por usted mismo y porque en usted están sintetizadas, sin que usted se dé tal vez bastante cuenta, todas las cualidades superiores que hacen de Colombia uno de los países de verdadero valor moral, no por las condiciones cuantitativas como las de los yankees sino cualitativas, que son las verdaderas creadoras de cultura. Y le digo ya adiós. Muchos saludos a todos los suyos, a todos los amigos, y para usted el cariño siempre fiel de su afectísima,

Teresa

XIX.

Leysin, 16 de septiembre de 1933

Mi querido Zea:

Como usted es tan infinitamente bueno y comprensivo me disculpará este silencio que no tiene disculpa. Además me parece haber aumentado, a

medida que el tiempo pasa, esta impresión de poder comunicarme con usted en pensamiento, a distancia, sin papel ni pluma.

Mi salud va muy bien. Siempre el mismo estado general, excelente del neumotórax muy efectivo y el moral muy bueno. Tengo siempre expectoración y bacilos, pues usted sabe (como ya he aprendido yo por experiencia), que esta enfermedad aun en los mejores casos es larga y tenaz. Yo había pensado y creo que se lo había escrito, ir a París en estos meses para regresar en invierno. J..., a última hora, sin prohibirlo enteramente, lo desaprobó diciendo que veía peligros por la época y porque no consideraba que el neumotórax (un poco especial en mi caso) pudiera sin peligro hacerlo cualquier médico que no conociera los antecedentes o que no pudiera ponerse al habla directamente con él. Como yo tengo una fe tan ciega, no sólo en la ciencia sino en la honradez del doctor J..., me bastó esa insinuación para desistir de todo proyecto de viaje. Aquí estoy, pues, y seguiré presa y resignada. Aquí veré caer las hojas del otoño que ya empiezan a dorarse, veré caer la nieve del invierno, apuntar otra vez los retoños de primavera y entonces veremos...

Lo más triste es que por razones económicas tuve que mudarme del sanatorio. Ahora vivo en el Hotel Mont Blanc que es de menos categoría que el Grand Hotel. Sin embargo el cuidado y confort es el mismo. Hay más disciplina y ambiente de clínica que allá no existe, pues es un lujo el tratar de quitar a los enfermos la impresión de que lo están. Yo he tenido varios días de "caffard" o nos-

talgia, para hablar en español, pero ya va pasando. Nadie sabe más que yo cómo somos de sensibles los enfermos, cómo nos apegamos al médico y a cuanto nos rodea. Afortunadamente, como el grupo de sanatorios pertenece aquí a una misma sociedad climatérica, puedo, cuantas veces quiera, ir a ver al doctor J... o hacerme ver por él aquí en su visita semanal. Como los hoteles están cerca, veo también de vez en cuando las dos o tres personas con quien me reunía allá. Tengo, además, mis libros, mi vida interior, mi radio que me distrae a ratos y las cartas de los amigos lejanos, entre los que usted es siempre uno de los más venerados.

Para acabar el capítulo de mi salud le diré que muy terminantemente me han dicho los médicos de aquí (lo mismo que J...) que mi neumotórax es de los buenos a pesar de una o dos pequeñas adherencias; que debo tenerlo durante dos años a contar de la época en que se hizo; que mientras tanto necesito cuidarme y que no fué desacierto haber ensayado primero la cura natural, pues en agosto de 1932 estuve casi curada. Una "poussée" causada no sé por qué razón me atrasó en septiembre del año pasado, y, como se renovó en abril, era indicada la intervención. No hubo, pues, pérdida de tiempo ni error en el tratamiento. Pero hay que darse cuenta de que esta enfermedad es como el juego de la oca: cuando ya se va a llegar se cae en el laberinto o en el precipicio y hay que comenzar de nuevo. Mientras no sea la muerte o la cronicidad siempre hay esperanzas. Han vuelto a asegurarme (y esto lo digo

tocando madera) que mi curación será perfecta, sin que, una vez terminado el neumotórax, tenga más riesgos que los de cualquier persona que nunca hubiese estado enferma. Es consolador, pero, por otro lado, cuando se cierra el tiempo en niebla y en lluvia y me abandona el ángel de la conformidad, ¡qué largos y eternos me parecen estos veinte meses que aún me faltan!

22 de septiembre.

Continúo hoy mi carta releyendo la suya. Su enfermedad y la imprudencia que la causó me han dejado ver lo bien que está usted. ¡Yo que llegué a tener tanto temor por su vida el año pasado! Ahora he visto en ese cuadro que me hace de la hacienda a orillas del Magdalena, todos los años de vida fuerte que le quedan. Como creo que a mí también me quedan Me anuncia además que ya se va fácilmente de Bogotá a Caracas . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

X se fué al empezar el mes de septiembre y yo decidí mudarme del hotel. Todo esto mezclado a una temporada de niebla, no contribuyó a darme ideas alegres; al contrario, sentía, sin llegar a la completa rebeldía, un desgano pesimista por la vida. Pensaba con bienestar en el no ser de Schopenhauer y el Nirvana búdico. Pero ya he reaccionado; con tales ideas no me hubiera atrevido nunca a escribirle: ¡se fueron con la niebla y la lluvia! Ahora ha vuelto el buen tiempo, el del

otoño en la montaña, que tiene una luz muy fina y un tinte de melancolía que se parece a la música.

No sabe, Zea, cuánto me interesa el caso de su parienta enferma. Daría cualquier cosa por poder consolarla y darle valor. Mejor dicho, quitarle del espíritu todos los prejuicios, todas las leyendas negras que se han acumulado sobre la tuberculosis, leyendas crueles que vienen a formar el verdadero sufrimiento de esta enfermedad en que no se sufre sino al fin. Creo, al contrario, que la tuberculosis trae a menudo, si el ambiente es propicio, un estado de euforia que asusta a veces, porque parece ser el de la felicidad por desmaterialización completa (la bienaventuranza de los que ya no viven). Creo también que esta es la razón por la cual tántos poetas y artistas fueron tuberculosos, y pienso, aunque me llamen positivista o hereje, que fué su enfermedad la que dió a Santa Teresita su perfume de santidad. Desgraciadamente la leyenda negra, la tuberculofobia, como la llamó el profesor B... en una conferencia que oí por la radio, es lo que prevalece, sobre todo en ciertos países. Especialmente en las provincias y en los países de montaña, que por vivir un poco cerrados tienen el hábito del misterio con los amigos, parientes y vecinos. Aquí en Leysin he hecho observaciones muy curiosas sobre ese particular. La gente de las grandes ciudades como París confiesa su enfermedad naturalísimamente, reciben sus amigos que llegan a verlos "sin miedo" y hablan a todos que están en un sanatorio, sin que esto suponga ninguna catástrofe social. En cambio hay personas que llegan de provincias o

de medios estrechos, que no confiesan por nada que están enfermos, se hacen mandar las cartas a otra localidad porque antes se mueren que decir que están en Leysin. Entre esta clase de gentes, que son ya hoy día afortunadamente pocas, se encuentran los casos de enfermos que por ocultar la enfermedad como si fuera una deshonra, llegan ya tarde cuando no hay nada que hacer. Conozco una señora de provincia francesa que decía, hablando de por qué no había traído antes a su hija a Leysin: "Si se hubiera sabido, el matrimonio de su hermano se habría roto". Es una mentalidad estúpida y monstruosa. Es además errónea y sin fundamento puesto que ya se sabe que la tuberculosis no es hereditaria y que el tubérculo no es contagioso sino por el expecto que es tan fácil aislar con desinfectante. Perdone, Zea, esta disertación, pero es un tema que me apasiona y con el que podría hacerse una campaña social muy interesante en nuestros países. Nadie mejor que usted para iniciarla. ¿Quiere que desde ahora hagamos el proyecto de emprenderla juntos algún día en Venezuela y Colombia? La guerra a la tuberculosis, más la guerra a la tuberculofobia. ¿No ve usted a veces en esa fobia una manifestación de las rencillas y odios de los lugares pequeños en que unos y otros viven para atacarse ferozmente a todas horas? Las víctimas son los pobres enfermos que, considerándose unos parias malditos, sufren sin necesidad terriblemente en plena juventud, cuando sería tan fácil transformar esos sufrimientos en lo contrario, en la euforia de los privilegiados que pueden por el misticismo o el

arte probar estados de alma que no conocen en el mundo la mayoría de los que tienen felicidad material.

Voy a mandarle a usted, pues no sé si los haya en Bogotá, libritos de vulgarización sobre la vida en los sanatorios, la manera de curar la tuberculosis por la cura de reposo y los pocos peligros que ofrecen los enfermos por poco que se observe la higiene elemental: escupir en una escupidera que tenga desinfectante. Esto, apoyado con estadísticas elocuentes, como son por ejemplo las del Grand Hotel, que en cuarenta años de existencia no ha tenido un solo caso de contagio entre los empleados que viven en contacto continuo con los enfermos. Hay que tener en cuenta que sólo la lavandería de la climatérica tiene cuarenta empleados, la mayoría muy jóvenes. J... sólo tiene tres o cuatro de esos libritos de vulgarización que son muy consoladores. Enseñan lo que es indispensable que todo el mundo sepa y que a menudo ignoran hasta los médicos no especialistas. Cuando esté bien haremos en colaboración un libro que pueda si es posible repartirse gratis: usted se ocupará de la parte científica; yo hablaré de mi propia experiencia sobre la vida de los sanatorios y los casos de curación extraordinarios que he conocido entre personas que han vuelto a la vida normal, como si nunca hubieran estado enfermas. Aunque usted se lo habrá dicho ya mil veces a esa enferma que usted me describe tan joven y bonita, dígaselo también de mi parte. Dígale también que mientras mejor se sienta más cuidado tenga en no cambiar de vida durante varios años.

Que piense que sólo es espíritu y vegetal, es decir. lo más puro y más lindo que produce la vida. En esa tregua que puede ser de cuatro o cinco años, le será fácil cultivar y afinar su alma dedicándose a algún estudio particular o a la cultura general, y a los veinticinco años empezar entonces a vivir humanamente. Yo sé que cuando se tiene veinte años los veinticinco parecen ser la madurez completa si no la vejez. Pero reflexionando un poco se comprende que es un gran error empezar a vivir demasiado pronto. Dígale que si yo tuviera ahora veinte años y la salud que tenía entonces, haría la vida que le recomiendo a ella por higiene espiritual, es decir prolongaría mi educación hasta los veinticinco años, que es la edad más linda y de mayor plenitud. ¡Desgraciadamente estoy ya muy lejos de los veinte años! Sin embargo, desde que estoy enferma no me duele como antes el pensar que cada día me aleja más y más de la juventud. Ahora ya sé que la vida es como un viaje. Cada etapa tiene su clima, su paisaje, sus encantos. Lo importante es sabernos adaptar a cada etapa y no vestirnos de verano cuando estamos entrando al otoño o al invierno...

No se quejará, Zea, de mi brevedad; al contrario, pienso que es un abuso quitarle tiempo con esta carta tan larga en que quizás le repito lo mismo que en la anterior.

Siempre que tenga un momento libre escríbame. Muchos saludos a su señora, ¿cómo sigue ella de salud? Y usted cuídese mucho; no vuelva a abusar de su salud.

¿Qué es de F... R...? Sé que la familia está en

Bélgica pero hace tiempo que no sé nada de ellos

Para usted un abrazo y mi gran cariño de siempre.

Teresa

XX.

Leysin, 25 de diciembre de 1933

Mi querido maestro y amigo Zea:

No quiero dejar pasar el día de hoy sin decirle cuánto lo estoy recordando y cuánta felicidad y éxitos le deseo en el año 1934 junto a todos los suyos.

No comprendo lo ocurrido con su primera carta que le devolvieron del Grand Hotel, pues allá me conocen mucho y saben que estoy a dos pasos en otro hotel de la misma climatérica. Me duele pensar en las suposiciones que hizo; las que me dice y las que no me dice; todas eran probables salvo la de figurarse que enferma y sola podían aburrirme sus cartas. Al contrario, ¡mientras más enferma más las necesitaría!

.. .. .. .. .. .. .. .. .. .. .. .. .. .. .. .. .. ..

Hoy día de Navidad, que es día de alegría y de buenas nuevas, me siento felicísima en esta

vida de sanatorio que para tantos es como un presidio o como un cementerio anticipado. Puedo asegurarle, sin que esto sea afectación, que nunca he sentido momentos de felicidad tan pura y tan intensa como los que he conocido en esta soledad de Leysin. Leo en general poca literatura ligera, y mucho sobre todo aquello que pueda contribuir a iluminar mi alma y a fortalecerla en el sentido de la comprensión y el amor universal.

Mi salud sigue poco a poco por su camino largo y seguro. El neumotorax, a pesar de las adherencias, es muy efectivo; si no comprime totalmente la región enferma (como ocurriría si no hubiera adherencias), comprime lo suficiente para ayudar con eficacia a la cicatrización. Ya no tengo bacilos al examen directo sino a la agenización, lo que es un gran progreso. El estado general, el peso, el apetito, etc., siguen siendo excelentes. Del estado moral ya le he hablado: me siento muy conforme, muy feliz y mi único deseo es ahora volver al trópico. Me persigue este deseo con una insistencia muy dulce; ¿será un presagio de muerte, Zea? Veo en ensueño nuestros países como sumergidos en un ambiente de romanticismo lleno de encanto y hasta un poco falso a fuerza de ser bello. Una perenne María de Jorge Isaacs a la que se suman mis recuerdos de infancia. Quisiera irme por dos o tres años a un clima de temperatura media como el de Los Teques, cerca de Caracas, por ejemplo, que está a 1.250 metros. Allá, en una casita de campo, modesta, sin pretenciones de "villa", sino la casita de antes, con corredores de columnas y obra limpia, vivir al aire

libre todo el día en hamaca debajo de los árboles. Creo que no me cansaría nunca de oír cantar los pájaros, ver volar las mariposas, correr los lagartos, escuchar el agua del río y de los aguaceros torrenciales, ver el cielo claro, ¡aquel cielo maravilloso de la noche que la gente de aquí no sospecha! Fuera de la naturaleza tendría muy pocos amigos y, en lugar de leer, descansaría los ojos y la inteligencia *positiva* para ir a aprender todo lo que enseña la gente ignorante del campo cuya sabiduría es profunda e infinita. Puesto que la carretera Bogotá-Caracas está ya abierta a la circulación, un día tomaría un automóvil y, después de anunciarle mi visita, llegaría a su casa campestre de Colombia a vivir unos días cerca de usted, entre los suyos.

Creo que de ese régimen regresaría con unos pulmones a prueba de bomba y quizás si con un nuevo libro escrito o en preparación, cosa que me encantaría. Desgraciadamente hasta ahora los vendados del neumo me tienen amarrada muy corto. Quisiera escribir un libro que llevara a las almas algo de esta esperanza y esta felicidad que siento ahora, algo también de mi amor exaltado por la naturaleza y el ambiente criollo tropical. Pienso, Zea, que allá en nuestros países vivimos envenenados por la inconformidad. Estamos inyectados de falsa cultura europea y americana del norte, mal asimilada, lo que nos da a todos una especie de *barbarismo* peligroso. Ifigenia, mi novela, está impregnada de ese espíritu. Quisiera poder hacer el reverso de Ifigenia. Pero me falta fe, la fe temporal que impulsa a la acción, y me falta sobre

todo el ardor y el entusiasmo que me sobraban entonces, cuando la escribí.

La vida aquí, como usted sabrá por la prensa, sigue deslizándose bajo el mismo ambiente amenazador. Aumentan los sin trabajo, sigue la crisis; triunfan los partidos extremistas y se habla mucho de revolución y de guerra. Sería quizás el fin de esta civilización.

Lo que ocurre hoy en Cuba es espantoso: el país está en manos de unos demagogos que no tienen más ideal que la destrucción y el odio de clases. Pero no quiero acabar mi carta hablándole de estas cosas. Volteo la página para desearle otra vez un mundo de felicidad y mucha salud para usted y los suyos. Que Dios nos guarde allá de revoluciones y de *libertadores* comunistas para que vivamos en paz muchos años.

Reciba todo el cariño de su constante y fiel amiga,

Teresa



# Cartas dirigidas a don Rafael Carías

## XXI.

París, 21 de junio de 1926

Muy estimado amigo:

No sé cómo pedirle excusas por lo que tardo en contestar su última carta. Mil gracias por la traducción e inserción en "Elite" del artículo de Dairaux. Me ha parecido muy bien. Vi su retrato en el mismo número de la revista, Secretario del Congreso. ¡Mis felicitaciones!

Conservo en efecto la carta que me escribió usted al devolverme el manuscrito de Ifigenia. Fué el primer juicio crítico sobre el libro: nunca olvidaré la emoción que me produjo su entusiasmo y aquella seguridad con que afirmaba el éxito de Ifigenia. Era usted mi primer lector y el único que la leyó en manuscrito. Su carta fué la primicia y fué más del diezmo del éxito, ya que por este camino del éxito son los primeros pasos los que nos conmueven, los únicos que nos hacen saborear un poco eso que llaman gloria que a mí se me antoja ahora parecida al maná: es un gran favor, viene del cielo ¡y no sabe a nada!

¡Qué diferencia los elogios del público y de los críticos, a la mirada de interés, a la risa de alegría y satisfacción con que oía E..., por ejem-

plo, al caer de la tarde todo lo escrito en el día! Si pudiera conservar esas emociones que me causaron mis primeros *oyentes* ¡cómo las conservaría, y qué puesto de honor les daría por sobre todas las críticas publicadas después! Su carta tiene ese puesto de honor y la guardaré siempre.

¿Sabe que estuve a punto de embarcarme para Panamá invitada por el Gobierno de Venezuela para ocupar un puesto en el Congreso de Mujeres? Hubiera pasado por Caracas antes de volver a Europa. Pero todo llegó tarde y me faltó tiempo material para irme. Creo que iré a Caracas en noviembre y pasaré allí algunos meses. No se preocupe por mi dirección; escríbame siempre a la Legación que de allí me remiten las cartas.

Mil cariños a G..., besos a mi ahijado y a sus hermanitos, y, para usted, de nuevo mis expresivas gracias y mi sincera amistad.

Ana Teresa

## XXII.

París, 5 de marzo de 1927

Mi excelente amigo:

Mil gracias por su carta, informes y recortes. Todos me han interesado y sacudido un poco, puesto que de nuevo me han hecho escribir y, lo que es más curioso, me han hecho releer las crí-

ticas de Ifigenia con un interés fresco, lleno de sabor. Todo es relativo, y es sólo cuando hemos sentido la voz agria de la censura y del reproche que llegamos a apreciar, por la fuerza del contraste, la dulzura y la comprensión.

Según veo, en Caracas, por lo general, no han acogido con cariño mi novela. Esto no puede herir en absoluto mi amor propio de escritora, puesto que para piedra de toque tengo todos los demás públicos de habla española, que han sido, no gentiles sino *archigentiles*, encantadores; ¡y no puede usted imaginarse lo que son los lectores franceses! El caso de Caracas pues, lejos de herirme me interesa, y me permite hacer observaciones muy curiosas. Hay en Caracas, como en casi toda ciudad pequeña, un microbio de envidia, el cual nace en el organismo de un envidioso, y gracias a sus condiciones virulentas invade por contagio los organismos incapaces de producir envidia: a los no envidiosos. Yo recuerdo haber visto en Caracas muchas de esas epidemias. Cuando Villaespesa escribió su drama a Bolívar (de mayores o menores méritos literarios), en vísperas ya del estreno se le consideraba en Caracas, gracias a la virulencia de la pandemia, como a una especie de monstruo y este sentimiento se veía en contagiados, sanos de espíritu, incapaces de sentimientos pequeños ni de rivalidades literarias. Lo curioso es la exaltación que los domina. Yo recuerdo de un amigo excelente, de magnífico corazón, que temblaba de furor al hablar de unas muchachas, inocentes *snobs*, que decían tonterías bien pronunciadas en francés y en inglés ¿qué era?

Pues nada más que un caso de peste. Una excelente amiga, llena de nobles virtudes, estuvo una vez contagiada también contra otra amiga mía. Cuando luego pudo comprobar el verdadero carácter y valía de aquella alma joven, me decía: ¡Qué razón tenías, qué distinta idea me había formado de ella! Yo tengo un temperamento que lejos de dejarse invadir por esos contagios reacciona contra ellos por un violento espíritu de contradicción. Todos esos perseguidos han sido siempre mis grandes amigos; me gusta andar en los calvarios y estoy segura de que, extranjera en Jerusalem, sin saber de qué se trataba, me hubiese unido al grupo de las santas mujeres. No deja, pues, de interesarme mucho el saber que ahora me ha tocado el turno de andar con la cruz a cuesta, y que tengo también "mis santas mujeres". Otra causa que me parece descubrir en la hostilidad contra Ifigenia es esta: el de no sentir allá la verdadera intención de la ironía. En nuestros medios suramericanos y por regla general en casi todos los de habla española, la literatura es frondosa; en un torrente de palabras retumbantes se elogia o se insulta: es siempre el ditirambo o la diatriba, cosas ambas que nacen del mismo tronco y que son igualmente fáciles y de mal gusto. En Venezuela, por ejemplo, no existe (afortunadamente) el género diatriba puesto que no hay oposición, pero por el mal gusto con que elogian algunos, se adivina todo el mal gusto que pondrían al insultar. La ironía se falsea siempre en nuestro medio, se la exagera, se la deforma, la rebajan a la categoría de insulto, la consideran insulto atenuado y nada

más. La verdadera ironía no es eso. La verdadera ironía, la de buena ley (como digo en mi último artículo) es aquella que, al igual de la caridad bien entendida, empieza por sí mismo: la que debe tener siempre una sonrisa de bondad y un perfume de indulgencia. Pero ni este perfume lo siente todo el mundo ni ven tampoco todos la sonrisa. La ironía es cosa muy distinta a la burla cruel de los vulgares. Una vez yo dejé de tratar a unas personas porque habían tenido la crueldad y la vulgaridad de burlarse de un sombrero, ridículo es cierto, que, hecho por ella misma, llevaba puesto una muchacha muy pobre. Yo creo que un sombrero ridículo hecho por una muchacha pobre y puesto en su cabeza es un poema respetable y bellísimo. En cambio ¡qué de cosas divertidas pueden decirse de un sombrero comprado en casa de Talbot, por ejemplo, si en su extravagancia ha costado mil quinientos francos! Yo creo que en ciertos medios de Caracas, por incomprensión, han calumniado mi libro: lo han hecho pasar de la clase ironía indulgente a la clase ironía cruel, equivocados y heridos en un amor propio patriotero. Yo recibí una vez carta de un amigo rogándome que suprimiera para una segunda edición las impresiones de María Eugenia Alonso al entrar en Caracas. Sobre todo aquello de las "casas chatas" le parecía la más espantosa falta de patriotismo. En cambio un escritor español muy inteligente y artista me decía a propósito de esas mismas impresiones: "¡Qué delicia, qué encanto debe ser ese Caracas con sus casas chatas, con patios y ventanas a la calle!", y me aseguraba que a través de las malas

impresiones de María Eugenia Alonso había "visto" una ciudad sentimental y encantadora. Uno de los artículos que usted me envía corresponde a la incomprensión del primer caso, lo mismo en lo referente a las casas chatas que en lo que respecta a las severas costumbres contra las cuales se insolenta María Eugenia Alonso. Todo eso para el que sabe ver está tratado con muchísimo cariño. Resumiendo: creo que la hostilidad de Caracas contra Ifigenia es debido a la envidia-pandemia, a un exagerado patrioterismo y a la incomprensión de moralistas de criterio estrecho. Hay muchísimo también de rivalidad de campanario. Afortunadamente que yo trato de libertarme de todo eso. Si me hubiese dejado invadir por el resentimiento, por la decepción, por esa herida terrible que nos hace la injusticia, herida que se cierra para siempre con olvido, con desprecio y con desdén; si al igual de otros muchos exclamara desde aquí, desde mi independencia gratísima de París, lo que ellos exclaman: "¡qué país de ingratos es aquél!", estaría perdida. A través de todas las injusticias que puedan hacerme en Caracas, yo preservo como un tesoro mi cariño a Caracas. En arte, lo propio es la cantera de donde se saca todo. Esta invasión de idiomas y de costumbres en el espíritu son fatales a la producción literaria. Los que se dejan llevar por esa corriente no producen sino cosas grises y desteñidas. Pero esa corriente bien utilizada puede tener en cambio una gran ventaja: la de hacernos sentir por contraste el sabor especial de las cosas propias. El que cree conocer a su tierra porque nunca ha salido de ella se equivoca.

Es viajando como conocemos nuestra tierra, viajando y tratando íntimamente distintas personas. El que después de hacer un largo viaje en esa forma, dijera al volver a su tierra: acabo de hacer un recorrido por mi país, ahora lo conozco, diría una cosa muy exacta. Yo no me siento capaz hoy día de escribir sino cosas criollas. Una novela escrita por mí que ocurriese en París sería tan lamentable que no la acabaría. Sin embargo, estoy sintiendo ya un libro, un libro de allá que me está brotando y creciendo en el alma. No quiero de ningún modo que el rencor y la decepción me esterilicen el alma. ¿Qué importa que en Caracas no me aplaudan si de allá tomo los materiales necesarios para hacerme comprender en otras partes?

Como verá por lo que digo en mi último artículo, Ifigenia tiene, sin que sea vanidad decirlo, un éxito inmenso que a veces me deja temerosa y angustiada. A los franceses más que a nadie les gusta sobremanera. No hay suramericano en París que no la haya leído o no la quiera leer. Los fragmentos franceses fueron un verdadero éxito. De la novela española le contaré esta anécdota con la amistad sincera que me permite hablarle de estas cosas sin parecer ridícula.

Hace poco tiempo se dió en París una fiesta de caridad. Muchos escritores franceses y suramericanos mandaban sus libros firmados o los firmaban en la misma fiesta. Yo envié seis ejemplares de Ifigenia, como hicieron todos los escritores. La víspera de la fiesta, la organizadora, que era la Ministra del Perú, me avisó que los seis ejemplares míos estaban ya vendidos junto con

seis más que no había podido entregar por no tenerlos. Mandé, pues, una docena: los seis vendidos y los seis para la fiesta. Cuando al otro día llegué a la recepción ¡gran crisis en la venta! todo el mundo quería a Ifigenia. Tuve que pedir tres docenas más que se agotaron mucho antes de terminarse la fiesta, mientras otros libros llenaban las mesas.

A la Infanta Eulalia, la tía del Rey de España, que tiene un *espíritu* encantador y es escritora, le gustó tanto Ifigenia que hizo que me llevasen a su casa, me dió un té, me colmó de cariños y atenciones; contó delante de todo el mundo la risa inmensa, las carcajadas que la habían acometido al leer en Ifigenia la escena del calado con el mantel y la discusión. Según parece era de noche, estaba en su cama leyendo, y su camarera al escucharla reír de tal modo vino alarmadísima a ver qué le pasaba. Era que se estaba imaginando la tertulia descrita por tía Clara, escandalizada y sorprendida. ¡Lo que espanta en Caracas a tantos *moralistas!* y es que para comprender la verdadera intención que cada cual pone al decir las cosas no basta a veces el ser inteligente, hay que haber visto pasar junto a sí los innumerables matices que ofrecen las diversas clases sociales y las diversas nacionalidades. Las personas de pueblo, los provincianos, son muy susceptibles, se imaginan siempre que son blanco de las burlas, y por allá hay mucho espíritu de pueblo. Pero hay también otro, y sé muy bien que en Caracas tengo verdaderos y grandes amigos, como usted.

No deje de ponerme al corriente de las cosas.

Mucho le he agradecido el último artículo que me envió. Como verá, ya lo contesté. Voy ahora a escribir una crónica mensual para El Universal de Caracas. La traducción francesa de Ifigenia está ya terminada y me parece que muy bien. No sé si le conté que la traductora, al igual de *Angel Ruiz*, me escribió pidiéndome la traducción y demostrándome así su cariño por el libro. Yo tuve una buena corazonada y le pasé la traducción que había comenzado Marius André y que, como toda traducción que va de prisa, dejaba mucho que desear. Este cambio la ha retardado un poco, pero creo que está muy bien.

Conozco esa parienta de que me habla y que me "hace la guerra". Me parece que la veo y me divierte imaginarme lo que dice. En el fondo es inteligente y de muy fácil palabra: creo que es la reina de la maledicencia amena de Caracas. Nació para un brillante destino y hubiera sido una gran conferencista. En el fondo le guardo cierto agradecimiento, pues viviendo cerca de mi casa, en una época, distrajo muchas de mis tardes tristes y vacías con el fuego artificial de sus historias. Si ahora, a costa mía, distrae a otras personas, cumple hasta cierto punto con una obra de misericordia.

Téngame al corriente de las cosas y de los comentarios que se publiquen. Cuando no tenga tiempo para escribir envíeme sólo los recortes; claro que con sus cartas me interesan más. No conozco la crítica de Angélica Palma. Si se publicó en Caracas y pudiera conseguirla, se lo agradeceré mucho.

Como verá, esta carta es una especie de bo-

rrador: me olvido de la mitad de las palabras y corrijo siempre al releer. ¡Costumbre de mis años literarios!

Saludos a todos los suyos, y para usted, mi buen amigo, toda la simpatía de su afectísima y sincera,

Teresa

XXIII.

París, 7 de mayo de 1927

Mi buen amigo:

De vuelta de mi viaje por España recibí sus últimas cartas y su cuento de Carnaval que me gustó muchísimo, lo mostré a otras personas que también lo elogiaron y fué tema de una conversación animadísima: hablamos de las tendencias de nuestra literatura y vimos que el tipo de *blasé*, o desencantado tipo realista, en nuestro medio predomina siempre en ella. Vivimos despegados del ambiente y el ambiente exportado es venenoso y ficticio. Miranda fué el primero de los desencantados. Y planteamos el dilema: ¿los viajes, en los cuales se exporta cultura, cultura que retoña en desencantos, son más útiles que perjudiciales, o más perjudiciales que útiles? Ese problema es el de todos los suramericanos. Yo creo que la manera mejor de resolverlo es haciendo lo que hizo el héroe de

su cuento: irse, no hacia afuera, sino hacia adentro, con libros y ensueños para amar con fe a Dulcinea, ansia de algo que creemos alcanzar al embarcarnos en los trasatlánticos.

Pasé un mes en España encantador. Semana Santa y Feria en Sevilla, luego Extremadura tras las huellas de los conquistadores, leyendo a Cieza de León y a López de Gomara, cronistas de la época que son una delicia. Fuí a Trujillo, a Cáceres, Mérida, el Monasterio de Guadalupe; luego fuí a Avila, tan llena de Santa Teresa, El Escorial, Toledo, Cuenca, y pasé unos días en casa de la Infanta Paz en su hacienda de Luján, llena de color y de interés. Fué como viajar a través de los siglos. Es la manera de visitar a España, buscando lo hondo y no la superficie que naturalmente en confort y fácil agrado deja que desear.

Me vine llena de buenas resoluciones, rebosando deseos de escribir, pero al llegar a París me encontré con que todo el mundo andaba ya con los claros vestidos de verano, que los restaurantes del bosque estaban ya abiertos y que no tenía qué ponerme y como lo más inmediato es quien manda, emprendí el calvario empinadísimo de las casas de modas... Santa Teresa, Guadalupe y Luján se van esfumando. Para soñar en París se necesitaría que esa facultad fuera de acero, a fin de resistir a la avalancha de los agrados momentáneos ¿y cómo hacerla de acero?

Nada me dice de si recibió o no mi larga carta. Espero que habrá llegado con retardo y que tendré noticias suyas. En ella le daba las gracias por

sus recortes y hablaba de muchas cosas. Sentiría que se hubiera perdido.

¿Cómo está mi ahijadito? Déle la bendición de mi parte. Mil saludos para G... y los demás niños, y para usted, mi estimado amigo, las gracias de nuevo y mis mejores deseos.

Su afectísima,

Teresa

XXIV.

Ginebra, 3 de julio de 1927

Mi buen amigo:

Días después de la gran desgracia que me aflige, recibí su carta que leí entre lágrimas porque pasaba el día entero llorando. Me sentía abandonada y sola, aburrida de vivir, desencantada, como si todo mi espíritu se hubiese muerto también junto con E... Por eso no le había contestado aún.

A fines de mayo me vine a Suiza junto a mi hermana I... y aquí mi desesperación estéril se ha vuelto tristeza suave y honda. ¡Quizá influya esta naturaleza suave de lagos y colinas verdes!

Es casi seguro que antes de fines de año volveré a Caracas, es posible que mi viaje se efectúe durante el verano; todo depende de que mi presencia sea o no indispensable. Tendré entonces el gusto de verle y conversar de tantas cosas.

Aun cuando no tengo planes de vida futura (el dolor de la muerte me hace despreciar la vida)

no pienso instalarme en Caracas, ni pienso tampoco desarraigarme por completo. Si sigo escribiendo quiero que mi literatura tenga siempre sus raíces en Caracas. Cada día creo menos en esos espíritus que desprecian lo suyo sin llegar nunca a bien comprender lo ajeno. Hacen el papel de intrusos, tímidos y encogidos en una casa extraña.

No sabe cuánto le agradezco su interés por su amiga y mi hija María Eugenia. No puedo decirle aún si ha corrido con gran suerte, o con mucha desgracia: como le dije ya, supe (estas cosas se saben aquí y hasta se publican de antemano en los periódicos), que era yo candidata para el premio. Luego, durante la enfermedad de mi querida E..., supe indirectamente que el premio se me ha dado a mí. Quiere, no obstante, mi mala estrella que la casa editora, no sé si por razones económicas o por intrigas de otro género, no ha dado el veredicto del jurado... y el tiempo pasa, y me encuentro ante el dilema de seguir esperando indefinidamente, consumida de impaciencia, con el viaje a Caracas de por medio; o renunciar al premio y editar el libro por mi cuenta, cosa que hubiera sido quizá la más sensata si la hubiese hecho desde un principio. Creo que para hacer algo de provecho en la vida, hay que prescindir lo más posible de los demás, salvo cuando son buenos amigos, sinceros y espontáneos como lo ha sido usted.

Aparte de este contratiempo del concurso, mi libro ha tenido muy buena acogida entre los críticos que lo han leído. Hacen los mismos elogios y los mismos presagios que me hizo usted. Como

verá por las revistas que le remito, ha sido traducido por J. Mauclair y por Miomandre, este último laureado de la Academia Gouncourt. La traducción de Miomandre apareció en la Revue de l'Amerique Latine, que se encuentra mal con Venezuela por no sé qué razones. Por lo tanto me figuro que no deben haberla leído allá. Le envío de esta última el recorte; y en paquete aparte "Les Faisceau" y "América Latina", periódico donde también me dedican unas palabras. "Paris Soir", donde Miomandre me hizo una traducción, y donde me dedican unas frases, no está en mi poder; por eso no se lo envío.

No tengo la menor idea de si esto habrá sido o no publicado en la prensa de Caracas. No sé *nada* de lo que ocurre allá.

.. .. .. .. .. .. .. .. .. .. .. .. .. .. .. .. .. ..

A veces pienso que en Caracas era feliz y que he sido desgraciada por esta inquietud nómada que llevamos todos los venezolanos en el alma y que usted lleva muy grande según he podido ver. Esta inquietud, que creó quizás las religiones y las artes, esta sed de ideal no se cura caminando, créame; no hacemos sino trasladarla, tras de nuestro cuerpo, sacrificando a veces la tranquilidad familiar del alero, y del rosal, y el cielo nuestro de todos los días...

Pero basta de filosofías melancólicas. Mil recuerdos a G... y a sus niñitos, y para usted, de nuevo mil gracias y la expresión de mi amistad sincera.

Ana Teresa Parra

XXV.

Vevey, agosto de 1928

Querido amigo:

Veo por la frase final de su última carta que se halla usted en una de esas horas de melancolía que nos barre el alma de tiempo en tiempo como un viento desolador. Piense, mi buen amigo, que es tributo que hay que pagar cuando se tiene el alma delicada, la inteligencia sutil y los ojos puestos altos, hacia puros ideales. Quizás le cause satisfacción el que le diga la amable impresión de espíritu limpio que me dejó usted en mi último viaje a Caracas. En aquella situación de callejón sin salida ¡qué hermosa era su actitud de estoicismo que protesta alma adentro sin quejas vanas y fáciles! Estoy tan desencantada de los falsos valores, de los que hacen de todo retórica, sin el pudor de callar a tiempo y tan dispuestos a cambiar la actitud de protesta por la del servilismo si el azar en vez de mostrarles un número par les deja entre las manos el impar. Hombres honrados y serenos como usted, son los que hacen un país digno y grande. Para los que como yo miramos la representación desde lejos, son ustedes los estoicos los que salvan y purifican en su silencio y en la sombra de incomprensión que les rodea, el concepto de Patria como los recuerdos de la infancia, como la armonía de los paisajes en el recuerdo, como las sombras

de los antepasados. ¿Qué importa no triunfar? Para los puros, los vanos honores se vuelven contra ellos como una carga pesada y vacía. Si es para usted una satisfacción decirle que lo aprecio intensamente, quiero decírselo con toda sinceridad: lo aprecio por su alma limpia y digna. Espero sin embargo, que los tiempos cambien, que llegue para usted una era de bienestar económico para que sus hijos, prolongación suya, puedan educarse y vivir independientes.

En efecto, estoy en Suiza, en la villa de I... que es un remanso de paz.

El mes pasado fuí a Munich invitada por la Infanta Paz en el castillo de Nymphemburgo, a fin de asistir al festival de Wagner, que se celebra anualmente en esa ciudad con mucho carácter y en medio de un ambiente casi religioso. Me gustó mucho y me dejó encantada la hospitalidad llana en medio de tanta grandeza pasada, todo era tan evocador que me parecía haber viajado a través del tiempo y hallarme en el siglo XV o XVI. (Nymphemburgo es el Versalles de Baviera).

Cuando volví a Vevey tuve que ir a París, pasé unos días con mamá y desde anteayer estoy de nuevo aquí donde espero pasar todo el mes de septiembre.

Con mis mejores recuerdos para G..., mil besos a mi encantador ahijado y los demás muchachitos, soy como siempre su afectísima,

Teresa

XXVI.

Roma, 19 de octubre de 1929

Querido amigo:

Hace algunos días recibí su larga y gratísima carta que me encontró aún en Florencia. Desde principios de septiembre estoy en Italia, llevando vida de peregrina, por las pequeñas ciudades que se han quedado olvidadas del tiempo presente y que vamos descubriendo con su ambiente intacto, no contaminado por el turismo, como objetos de excavación.

En Suiza, donde pasé dos meses de absoluto reposo, me preparé con mucha lectura sobre los siglos XIII, XIV y XV (que son mis preferidos, y los veo siempre en mi espíritu presididos por el espíritu de San Francisco), para este viaje que me ha dejado el alma llena de dulzura y de emoción. He venido con una amiga, L... C..., inteligente y muy artista, a quien quiero mucho y con quien comparto los mismos gustos.

De las grandes ciudades hemos ido en automóvil hacia las pequeñas, donde los hoteles son malos pero el ambiente lleno de perfume de leyendas. ¡Qué diferencia con esta Roma triunfal y declamatoria, renovada y vestida por el Renacimiento! San Pedro me ha parecido una inmensa y lujosísima estación ferroviaria de los Estados Unidos. No hay el menor sentimiento, ningún detalle que conmueva o hable al alma. Y ese torrente de fuerza y de mal gusto ha inundado las más

viejas iglesias; las más venerables están invadidas por el río de estatuas colosales y musculosas; de túmulos complicados que resultan carnavalescos junto a las simples lápidas funerarias y los yacentes de las iglesias góticas. Ese mal gusto que siguió al Renacimiento, nos consuela (si lo aplicamos a nosotros mismos) de no ser poderosos por el dinero y por la sabiduría. La riqueza y la erudición son peligrosísimas, la mayor parte de las veces sólo sirven de vehículo para expresar la parte más vulgar de nuestro espíritu y para revestirnos con ella para siempre, con detrimento de las otras; la falta de recursos nos hace sobrios y discretos, vivimos más con nosotros mismos y todo lo que se da viene del alma y está impregnado de ternura. Es esta la consecuencia que he sacado de mi viaje por Italia y que me apresuro a comunicarle, impresionada como estoy aún por mi visita a San Pedro y San Juan de Letrán.

No puedo darle aún noticias de Romain Rolland. Cuando contesté a su carta se hallaba en el lago de los Cuatro Cantones, pasando los meses de agosto y septiembre. Me dijo que fuese a ver a su hermana y colaboradora que vive con él en Villeneuve y me fuí a verla y nos hicimos muy amigas. Ella es fea, no joven, pero encantadora. De una inteligencia exquisita, llena en sus palabras del entusiasmo de los místicos, es la colaboradora de su hermano por quien tiene un culto religioso también. Ambos se ocupan de obras sociales, especialmente del movimiento de los indios que aspiran a libertarse de Inglaterra por el sistema de la "no-violencia". Les he enviado de aquí

un libro admirable que se llama "L'Empire Socialiste des Incas" pues ellos parecían interesarse mucho por nuestros países. Desgraciadamente, como yo les dije, a pesar de lo que era de prever, los papeles entre nosotros estaban alterados: en lugar de la opresión del indio por el blanco, era la del blanco por el indio, fruto sin duda de una democracia prematura.

Le escribo a todo correr. Vienen a buscarme para seguir mis correrías de viajera, voy a visitar la Roma antigua, muy distinta por cierto a la barroca y renacentista de que tan mal le he hablado. Bajo Mussolini se han continuado los trabajos de excavación y se descubren casas enteras casi como en Pompeya, aunque incompletas y con la frialdad de las ruinas llenas de interés histórico.

Recibí su última carta con cuentas y letras. Mil gracias.

No sé si a mi regreso a París volveré por Vevey. Si me detengo allí, veré a Romain Rolland y le daré su recado, pues está ya de regreso y yo quedé en ir a verlos: estoy segura que le gustará mucho.

Saludos a G..., besos a mi ahijado, y para usted el viejo afecto de su sincera,

Teresa

XXVII.

Febrero 2 de 1930

Mi querido amigo:

Me encuentro de nuevo en Suiza, pues mamá

tuvo una fuerte gripe que nos alarmó mucho y todos los cuatro hijos que vivimos en París, nos vinimos a su lado. Ya ha entrado en franca convalescencia y yo me quedo junto con M... algún tiempo más acompañándola. Debo decirle que pasé días de verdadera angústia y todos sentimos junto a su cama crecer nuestra ternura y cariño. Ahora llevo una vida de ermitaña algo laica, pues en lugar de rezar, leo. Hay una paz silenciosa y blanca de nieve, deslumbrante y alegre cuando hay sol, pero triste, tristísima cuando sólo hay bruma y lluvia; este lago Lemán tan literario lleno de Byron, Shelley, Mme. Stael y Benjamín Constant, en estos días de niebla tiene la melancolía insúlsa de las pobres mujeres feas e ininteligentes sin recuerdos ni remordimientos. Pero los libros me alegran la vida y más aún que los los libros la figura de mamá, tan dulce, que podía haberse ido y que está aquí tejiendo junto al fuego vestiditos de lana para los nietos.

A propósito: estas noches pasadas soñé con mi ahijado. Lo veía pasar entre otros chiquillos muy abrigado con una bufanda y vestido de blanco, lo reconocí al momento, le pregunté por qué estaba solo y le dije que viniera a jugar con los babys de M... que hablaban español. Déle muchos besos de mi parte. Mil cariños a los otros dos y a G...., y para usted la gran simpatía y aprecio de de su afectísima,

Teresa

XXVIII.

Habana, 12 de julio de 1930

Mi estimado amigo:

Le escribo de la Habana en donde me encuentro de paso para New York y Europa, sintiendo ahora en el alma no haber pasado por Caracas ¡habiendo estado tan cerca! pero la premura del tiempo apenas me hubiera dejado estar algunos días: prefiero regresar más adelante con calma para viajar un poco por el interior y hacer vida de campo, cosa qüe me interesa ahora extraordinariamente.

Mi viaje por Colombia fué un éxito en todos sentidos: me gustó mucho más de lo que creía; hay ciudades como Tunja y Cartagena, donde se ve materialmente la Colonia; Bogotá me gustó mucho, y Medellín, ciudad de clima medio, parecida a Caracas, me pareció encantadora.

No sé si le he hablado de mi proyecto: quisiera escribir una vida íntima de Bolívar. El viaje a Colombia me ha interesado mucho en ese sentido, no en lo que se refiere a mi éxito personal (eso más bien me agobia y acobarda) sino por lo que he visto de evocador y de carácter criollo. Tenemos cosas muy lindas en estos países y no las vemos sino cubiertas de literatura exportada que las deforma. Es mi deseo el de descubrir a Bolívar detrás de esa muralla china de adjetivos, aun cuando después me faltara valor para escribir sobre él, cosa difícil y arriesgada. Por de pronto,

necesito leer mucho. He comprado libros en Colombia y tengo otros encargados. Quiero ver el ambiente que vale más que los libros y eso lo haré cuando regrese a Venezuela: la visita a San Pedro Alejandrino y a la Quinta Bolívar de Bogotá me dió la medida de la importancia que tiene la evocación y los lugares.

Cuba, a pesar de su americanización muy exterior, tiene en la actualidad, en ciertos medios, más color criollo que nosotros, por estar sin duda más cerca de la Colonia de lo que estamos allá; los negros especialmente son coloniales. No me arrepiento por lo tanto ni de haber regresado a Cuba, ni de haber desistido de un viaje a Venezuela atropellado: las cosas se conocen gracias a los puntos de comparación y a cierta perspectiva. Son mis proyectos inmediatos los de leer primero y luego, el año próximo, ir a Venezuela con calma y conocer el Llano, Los Andes y volver a hacer la vida de hacienda de mi infancia; todo eso es necesario para conocer a Bolívar

Lecùna, a quien he escrito, me ha contestado una carta encantadora que me ha animado mucho por los puntos que me señala y los documentos que me ofrece. Yo quisiera, mi excelente amigo, que usted me ayudara en la empresa Le encargo, como verá, tres libros que creo más fácil conseguir en Caracas que en Bogotá. Le ruego muy encarecidamente, a fin de tener entera libertad en el porvenir, que descuente su importe de mi cuenta; mucha pena me da ya molestarle en el trabajo y tiempo que significa buscarlos. A Le-

cuna, a quien escribo, le digo que se dirija a usted a fin de que le abone por mi cuenta los gastos que pueda proporcionarle los libros o copias de documentos que él me ofrece. Perdone esta nueva exigencia, sé que ha de hacerlo con gusto y perdone la forma un poco brusca con que lo hago: urgida como siempre por la falta de tiempo.

Pienso embarcarme de un momento a otro. No lo he hecho ya por haber encontrado a mi amiga L... C..., con quien debo seguir viaje, un poco enferma. Espero que no sea nada, pues tengo interés de llegar pronto a Europa; quiero ir a tomar las aguas con mamá, ni ella ni yo estamos bien del hígado y las curas terminan en septiembre. Fué este el motivo principal de mi apuro por llegar.

Escríbame como de costumbre a París. ¿Cómo le fué por New York? ¿Cómo ha llegado de salud G...? Salúdemela mucho así como a todos los niñitos. A mi ahijado la bendición, y para usted todo el aprecio de su afectísima,

Teresa

XXIX.

París, 16 de enero de 1931

Querido amigo Carías:

Aunque hace pocos días que le escribí una carta muy corta, por falta de tiempo, hoy vuelvo

a hacerlo con más calma porque recibí la suya del mes de diciembre, escrita se comprende en esos momentos de melancolía, los mejores quizás de la vida, porque sentimos la nostalgia de lo grande y de lo bello que creemos podemos encontrar más allá, en otro ambiente, en otro género de vida y que en realidad sólo está, sin que lo sepamos, en el fondo de nosotros mismos. Son los viajes de la vida interior los que pueden curarnos. Usted es sin duda un poeta que no expresa sus sentimientos porque no ha encontrado o no ha querido encontrar la forma; un místico sin religión y es esa su tristeza resignada y hermosa. Mientras más pasan los años más me convenzo de que todas las cosas que nos deslumbran, el mucho dinero, el éxito, los honores, no pueden satisfacer sino a las almas positivistas y vulgares, y ésas en su pobre satisfacción no sospechan siquiera la existencia de la verdadera felicidad que nos viene del alma: el amor a la vida que nos rodea, de la cual somos una parte a la vez efímera y eterna.

Usted tiene dentro de ese mismo sacrificio continuo de que me habla, en el cúal van pasando los días uno a uno, grises, sin brillo exterior, pero llenos de su propia substancia que se da a los suyos sin pedir nada en cambio, la suprema felicidad en la suprema generosidad. Es cierto que a cada rato sentirá el choque de la incomprensión, la vulgaridad diaria de las mezquindades desapacibles, ¿pero dónde no se encuentran? Más o menos grandes, más o menos frecuentes, están en todas partes.

Es cierto que la vida independiente, sin la

responsabilidad y las mil preocupaciones que implican una familia, nos deja correr libres, como y cuando queremos, hacia lo que nos gusta; pero ¿no queda entonces la tristeza infinita del vacío, esa nostalgia de responsabilidad y de sacrificio? Yo creo, querido amigo, que sólo podemos ser felices dentro del misticismo. El siglo XIX fué un siglo demoledor por ateo, fue suficiente y charlatán; creyó haber dicho la última palabra con sus inventos y su materialismo y ahora estamos sufriendo las consecuencias. La gente toda se odia porque quieren arrebatarse los bienes materiales como en una piñata, y cuando una revolución o un sistema ha triunfado, son los mismos males con distintos nombres.

La única ventaja que veo yo en la vida de las grandes ciudades, es que es más fácil aislarnos de la gente, haciendo vida de solitario gracias al anonimato, pudiendo ir cuando querramos hacia lo que nos cultiva, nos distrae o nos levanta el espíritu. Pero en cambio ¡qué desventaja la de este clima sin sol ni estrellas, ni cielo! Qué bendición la del trópico siempre en plena comunión con la naturaleza tan buena amiga y maestra. Yo creo que con bienestar económico, salud, libros, unos ratos de soledad, y una casita de campo modesta y agradable, sin saber ni leer sobre política, se puede ser en Caracas enteramente feliz. Yo creo que la gente de la Colonia era muy feliz, tenían la dorada mediocridad y no los atormentaba el deseo de mando ni el de los millones, con un cielo siempre azul y la seguridad de Dios ocu-

pándose de ellos ¿qué vida más agradable puede darse?

Quiero pedirle un favor: dígame qué clase de libros le interesan más y en qué idioma los prefiere para tener el gusto de mandarle algunos de tiempo en tiempo. ¿Conoce usted las últimas biografías de Romain Rolland sobre los apóstoles indios contemporáneos: Mahatma Gandhi, Rama-Krishna y Vivekrananda? Aunque encuentro que tienen el defecto de estar demasiado recargados de notas, cosa que hace difícil la lectura, dejan una inmensa paz del alma. Qué bella y qué verdad es esa doctrina de todos ellos, la de redimir el mundo por el amor y no por la violencia y el odio. Sólo que la violencia hace más prosélitos que el amor, porque exalta sentimientos fáciles y frecuentes como la envidia, por eso crece el bolcheviemo y en Gandhi nadie quiere creer.

El libro de Hispano de que me habla, lo tengo. Me alegraría mucho que me enviase las crónicas de Dupous.

Sigo en mi vida retraída leyendo de Venezuela y de la Independencia, saliendo poco y deseando ir a tierras de sol. Aquí llueve sin cesar. Parece que no se conocía año como el de 1930. ¿Quién pudiera mandar esta lluvia a Venezuela, donde según parece hace siempre falta?

Mis mejores saludos para G..., mi ahijado y los demás niñitos.

Para usted, querido amigo, mi vieja y fie amistad de siempre.

Teresa

XXX.

París, 27 de abril de 1931

Querido amigo:

Recibí su cariñosa carta del 27 de marzo. Comprendo su silencio y esa abulia de que me habla, yo también la siento muy a menudo y no me ofendo nunca porque un buen amigo sincero como usted me deje de escribir o de ver durante algún tiempo. Las cartas a los indiferentes, esas que se escriben mecánicamente, se contestan de prisa; para escribir a los amigos hay que tener "buen tiempo" en el alma para darlo a compartir.

Me gusta mucho cuanto me dice sobre sus lecturas y preferencias; su misticismo ecléctico de concordancia y fraternidad universal, tiene usted razón: es la única verdad y la única religión verdaderamente parecida al cristianismo *de Cristo*. Dígame con toda franqueza qué clase de libros le interesan, si lee fácilmente en francés o si prefiere español, que he descubierto aquí una buena librería española con traducciones del alemán que por tradición de antipatía no suelen hacerse en Francia.

Sí he leído "Mi Simón Bolívar". Creo que Fernando González, aunque rudo en sus verdades, tiene mucho talento, no habla mal por encono personal sino por el deseo sano de destruír nuestra vanidad tropical y el narcicismo nacional. Eso duele cuando se oye, pero hace reaccionar. A mí

me duele más ver en París el pesimismo inactivo, malsano, de algunos jóvenes venezolanos cuando hablan de allá; eso es lo malo. Fernando González da muchos palos, dice verdades terribles, pero se siente que en el fondo cree en el porvenir. Es muy parcial por Venezuela, ya ve lo que dice de mí.

¿No le ha parecido muy hermosa la revolución de España? Todos se han conducido con mucha nobleza. A los reyes caídos los han recibido aquí con ovaciones y en general con profundo cariño. Francia se acuerda siempre con cierto "regret" de sus reyes, y Alfonso XIII es uno de sus Borbones. A pesar de su democracia le gusta la parte decorativa de la monarquía.

Me interesa lo que me dice acerca de una traducción alemana del libro. Tres o cuatro veces me han escrito ya sobre el particular, pero es la dificultad de hallar, "antes" de empezar la traducción, un editor fuerte y seguro, algunos no saben español, otros encuentran el libro voluminoso para ediciones corrientes, etc. Voy a escribir a la señora P... y si como es probable fuera a Bruselas este verano, iré a verla.

Recuerdos para todos los suyos, lo mismo que para E... P... a quien recuerdo siempre con cariño. A mi ahijado muchos besos y que lo bendigo, a G... también que no la olvido.

Para usted mi profundo aprecio y simpatía.

Teresa

XXXI.

Leysin, 23 de febrero de 1932

Querido Carías:

Va a extrañarse y a dolerse también un poco cuando le diga de dónde le escribo. Estoy en el "Gran Hotel de Leysin", sanatorio de tuberculosos... Tengo una lesión en un pulmón, me la descubrieron hace poco. Aquí estoy desde hace quince días, sola, en cama, con el balcón abierto de par en par sobre la nieve y una temperatura de 3 ó 4 grados dentro del cuarto. Mi pobre "animal" de tierra caliente, expansivo y afectuoso, se encuentra espantado, pero el espíritu está tranquilo, conforme de antemano con todo, creyéndose entre tierra y cielo. Todo, todo cuanto me rodea es blancura, luz y silencio.

Las noches son muy lindas, tan lindas como las de Caracas, y la luna sobre la nieve da una luz rara por lo clara y lo fina. Aquí leo, reflexiono, recuerdo la vida del mundo y espero; hasta que Dios quiera.

Según parece y me han enseñado en la radiografía, mi enfermedad no hace sino empezar. Me había debilitado y tomé por accidente la infección. Me aseguran que mi caso es muy favorable, que me curaré pronto, que he salido de la edad peligrosa, que no ha habido casos en mi familia, etc., etc. Pero ¡qué sabe nadie! ¡Esta enfermedad es tan caprichosa y tan traicionera! Hay quien viene en camilla, moribundo, y se va enteramente

curado; otros vienen muy alegres "por dos o tres meses" ¡y no vuelven más! M... A... M... tenía, recuerdo, cuarenta años cuando fué a Davos, y murió a los cuarenta y dos. En todo caso me siento resignada, contenta casi con mi suerte, sea cual fuere, veo estos meses o años de cura como un camino blanco, todo lleno de vida espiritual, algo parecido a la luz de la luna sobre la nieve. Es el estado de gracia. Ojalá no me abandone nunca.

I..., mi hermana, vino a acompañarme y se fué a los tres días. Desde entonces estoy presa, sin casi hablar con nadie. Los libros, el sol y la nieve, es todo. Al principio es duro, las horas pasan con mucha lentitud, una lentitud absurda para nuestra época; luego todo se va haciendo leve, hasta creer que ya no se vive en la tierra. Este es el país ideal para los poetas. Leysin es la ciudad de los tísicos; los hay de todas las edades, de todas las clases sociales, de todas fortunas; los sanatorios populares, los universitarios, los de lujo, todos parecen fraternizar en esta enfermedad que tanto afina el alma.

Yo no siento nada, o casi nada. Pero tampoco me dejan hacer nada. Todo esfuerzo, dicen, retarda la curación. No puedo por eso escribir tan largo como desearía.

Mamá no sabe que estoy enferma. Cree que he venido a la montaña a fortificarme, y como tampoco quiero alarmar a la familia de Caracas, le recomiendo reserva sobre el particular. Le escribiré largo cuando me sienta más fuerte y me levante.

¿Sabe, Carías, que desde que estoy enferma,

de "esclava de las nieves", no hago sino pensar en Caracas con una dulzura infinita? ¡Qué linda me parece desde aquí y cuánto desearía volver! El recuerdo de los amigos como usted, de quien nunca se ha recibido decepciones, son también como sombras queridas que ayudan a pasar estas horas de paz.

Hasta pronto, pues, querido amigo. Le envío mis mejores deseos y mi cariño de siempre.

Teresa

XXXII.

Leysin, 21 de junio de 1932

Querido Carías:

No sabe cuánto le agradecí su cariñosa carta. Si he tardado tanto en contestarle no ha sido por olvido ni por enfermedad. Lo recuerdo diariamente. Pero tuve la visita primero de mi hermana I..., luego la de L... C..., la amiga de quien le he hablado. Eran las dos tan cariñosas que cuando no me hablaban para distraerme, me leían en voz alta, me ponían el fonógrafo o la radio. ¡Mientras tanto las cartas sin contestar! Entre las dos me acompañaron mes y medio. Ya se fueron. Hace dos días que he vuelto a la soledad completa. Es duro acostumbrarse. Tiene algo de entierro una ausencia aquí; como está uno tan sensible a todo, se apega como los niños.

Mucho le agradezco su deseo de acompa-

narme, que realiza en parte; ¡lo recuerdo tanto! El otro día pensaba en el tono de tristeza interior que encierran sus cartas y me preocupaba. Luego pensé que era el resultado de sus mismas cualidades, de la sensibilidad de su alma noble, y concluí ¡mejor para él que sea así! Aquí, Carías, la tristeza se depura, se limpia. Es la vulgaridad humana que nos la ensucia allá, en el mundo. Por eso, porque no quiero que me manchen mi tristeza pura, no veo a casi nadie aquí en este Sanatorio, en donde no faltan fiestas y reuniones. Debo tener fama de salvaje.

¡Los libros, la música, los recuerdos, me bastan!

Le mando esa fotografía tomada en mi terraza de cura. Así me puso la vida. Ahora sólo me levanto a las ocho de la noche para ir al comedor y acostarme a las diez. Gracias a este régimen y gracias sobre todo a mi naturaleza hostil a la tuberculosis, he reaccionado muy bien. He aumentado siete kilos, el pulmón enfermo se ha aclarado y tengo un mínimum de bacilos. Si, como espero en Dios, no tengo recaída, ni cojo una mala gripe, podré estar en libertad, eternamente curada (según me dice J..., el especialista), la próxima primavera. Tal vez me vaya a Caracas como clima medio, pues no me conviene aún París que como sabe es muy poco recomendable. Pero todos estos son proyectos. Me distraigo con ellos.

Me encantan ahora los relatos de viajes. El otro día leí la excursión hecha por un inglés en 1870 al pico de Naiguatá: había nombres de personas y lugares que me eran familiares, como el

relato de una noche pasada en Güeregüere (la hacienda de los Barrios), una alusión a Juan Díaz, etc.; me llenó de melancolía y de un deseo inmenso de irme allá a viajar así, a pie. En el fondo quiero mucho a Caracas.

Dígale a mi ahijado que pronto voy a verlo, que no me olvide. A G.. muchos saludos y las gracias por sus cariños.

Para usted los sentimientos de mi profunda amistad.

Su affma.,

Teresa

## XXXIII.

Vevey, 3 de octubre de 1932

Querido amigo:

Hace unos días que me encuentro aquí en "la plaine" como dice la gente de la montaña. He venido a cambiar de clima durante estos meses suaves del otoño, para que la montaña al regreso me haga nuevo efecto y ¡a esperar la nieve, que venga y que se vuelva a deshacer en la primavera! Después no sé lo que será de mí ni hacia qué climas me lleve mi estado de salud.

No estoy tan optimista como estuve en mi última carta y usted me dice. En junio estuve realmente muy bien, casi curada, pero el mes de julio fué de lluvia, de niebla y de frío. Debí bajar entonces a buscar un poco de calor y tiempo seco,

pero nada me dijeron y he cogido una bronquitis tenaz que es siempre una incógnita... Mis ocho meses de vida en Leysin me han enseñado mucho: a conocer la enfermedad y a tener filosofía. Hay que estar siempre preparado a recibir una sorpresa desagradable con el ánimo alegre, sin decaer y "*con elegancia*". Es como en la guerra, en las trincheras, unos caen, otros esperan ayudando y compadeciéndose fraternalmente de los que cayeron, pensando en que quizás también caerán mañana, pero desafiando la amenaza con una alegría afirmativa que acaba por ser sincera. Siento hoy un profundo desprecio por todos los que estando enfermos "no quieren oír hablar de enfermedad ajena". Es una forma de egoísmo odiosa. Yo he llegado a creer, por el contrario, que hay que abrir el alma al dolor de todos, y recoger algo cada día: ¡se ven casos tan tristes y tan bellos! Cortar todo contacto con la vida en plena juventud es a veces renunciar a todo, morirse quedándose el cuerpo vivo, *mirando* cómo los demás se reparten lo que se ha dejado atrás: el amor, la gloria, el porvenir, todo lo que en la juventud es más que la vida misma.

Yo he llegado a una edad en que el alma está más madura para el sacrificio y el misticismo. Entre otras cosas porque ya se sabe que no son tan grandes *los tesoros* como se creía a los veinte años. Por eso observo, admiro y aprendo.

¿Ha leído la novela de Mann "La Montagne Magique"? Tiene gran fama y el premio Nobel. Pasa en un sanatorio en Davox y son dos inmensos tomos de seiscientas páginas. Empecé

a leer el primer tomo y no pude acabarlo. Me causó una especie de molestia invencible ver cómo el autor sólo parecía fijarse en *lo exterior;* páginas y páginas con todas las manifestaciones vulgares de los vulgares: ¡cuando hay a veces en una sola palabra, en una sola mirada silenciosa, toda la revelación de un drama desgarrador que se calla!

Como verá por todo esto, llevé en los últimos meses una vida de mayor contacto con los otros enfermos. Desde fines de mayo comencé a salir de mi cuarto, a hacer paseos cortos, a tener amigos. La naturaleza allá en verano es muy linda y el campo está lleno de florecitas silvestres llenas de gracias como las que tanto se ven en los cuadros de los primitivos.

Creo, como le dije, que me quedaré aquí hasta fines de noviembre en que regresaré a Leysin a pasar el invierno. Escríbame siempre al Grand Hotel de Leysin, que de allá me harán seguir las cartas a donde me encuentre. Pienso mudarme del Grand Hotel, pues es demasiado caro para como están las cosas y se seguirán poniendo. Pienso instalarme en una pensión modesta donde se come bien, se tiene excelente servicio y los cuartos muy limpios y muy linda vista. Hay que renunciar a cierto confort y lujo; pero ya me están pareciendo insoportables y hasta de mal gusto, la gente del "confort y el lujo".

Lo que me dice de Caracas, no me extraña, tenía que llegar allá también. Hay quienes siempre gastan y triunfan sin saber de dónde sacan el dinero: es un misterio, pero son tipos que

abundan en todas partes. Recuerdo hace dos años en la Habana oía y veía lo mismo.

¿Recibió los tomos de los Recuerdos Entomológicos de Fabre que le hice mandar de París? Nada me dice. Mucho sentiría que se hubieran perdido.

Dígale muchas cosas a mi ahijado: que su madrina tampoco lo olvida nunca y que lo que desea es demostrarle algún día su cariño.

Muchos saludos a G... y para usted todo el cariño y aprecio de su affma.,

Teresa

XXXIV.

Leysin, 11 de febrero de 1933

Querido amigo:

Pensando siempre en usted, en su última carta tan llena de ambiente espiritual, que todavía me acompaña, como un eco que se prolongara indefinidamente, han ido pasando los días sin escribirle. Hoy es domingo, hace frío y un sol muy lindo. Estos domingos de Leysin tienen un fastidio sordo e irritante (aunque en el fondo son exactos a los otros días), si no se trata de despertar en el alma el sentimiento religioso. Acabo de oír por radio una misa, la he seguido rezando como usted me aconseja, haciendo acto de resignación a la voluntad divina, y siento actualmente un gran bienestar espiritual. Oyendo las campa-

nas de la única iglesia de Leysin, me ha parecido que una voz amiga me llamaba de muy lejos y he pensado que era sin duda la suya recordándome que hace ya tiempo que recibí su última carta.

Me alegro de que le hayan llegado bien los tomos de Fabre y pienso lo mismo que usted: es una de las lecturas más interesantes que pueden hacerse. Yo no he leído a Fabre todavía, pero conozco la vida de las abejas y de las termitas o comejenes por Maeterlinck, que me asombraron. La vida de los comejenes, sobre todo, es admirable y Maeterlinck la describe muy bien. Meditando sobre estas cosas nos damos cuenta de lo pobre que es nuestra inteligencia, de la que estamos los hombres tan orgullosos cuando se la compara a la armonía maravillosa de las leyes que dirijen el mundo: esa energía divina que penetra todos los seres y los despierta al misterio de la vida. Creo, en efecto, que no hay nada mejor para los niños que esa clase de lecturas. Despierta el sentimiento poético y el misticismo. Yo creo que los niños son capaces de comprender cosas que no están a nuestro alcance y de las que nosotros nos reímos porque no vemos todo el sentido oculto que tienen. Ultimamente he estado en Vevey con mamá y mi hermana M..., yo salía a pasear muy a menudo con E..., la chiquita de M... que tiene cinco años y es encantadora. Adora a los animales, las plantas, las flores, algunas piedras y descubre en todo dibujos y formas imperceptibles en las que uno ni se fija. Imita a los pajaritos cuando se bañan o beben agua, y un día, con mucho misterio y gagueando porque a la pobre entre el francés, el

español y el ruso que conoce muy bien, se le forma a veces al hablar una confusión graciosísima que le impide encontrar las palabras, me contó bajando la voz y pidiéndome que no se lo contara nunca a nadie: "¿Tú no sabes que Dicky (el perro) habla de lo más bien y que cuando nadie lo ve habla conmigo?" Yo le pregunté qué cosas le había dicho y me contó: "Pues que no quiere nada al gato porque el gato es malísimo, siempre que puede se come a los pajaritos y todas las noches hace horrores con los pobres ratones allá abajo en la cava. Dicky no puede ir a defender a los ratones porque le cierran la puerta del jardín, pero oye todo..." Siguió, en ese estilo, narrándome con su español criollo lleno de extranjerismos, verdaderas fábulas; yo las anoté pues me pareció que estaban llenas de sentidos ocultos...

Martes 14.

Interrumpí mi carta el domingo para ir a dar un paseo con M... M... que se encuentra aquí y con quien he simpatizado mucho, pues encuentro que tiene muy buen fondo, a pesar de la fama de calavera, o tal vez por eso mismo. Le hablé naturalmente de usted, de que le estaba escribiendo y resulta ser gran amigo suyo. No sabe con qué cariño y admiración me habló de usted. Me dijo que de niños habían sido inseparables en El Valle y me contó historias de entonces, pues tiene una memoria extraordinaria y narra cualquier cosa con mucha gracia. Me ha encargado saludos para usted y yo le he encargado que cuando vaya a Caracas les haga una visita en mi nombre a usted

y a G... para que me mande luego noticias de todos. El saldrá de aquí mucho antes que yo, en marzo, según creo.

Mi salud va bien pero "piano, piano". Tengo el aspecto de gozar de una salud estupenda, pero ya he aprendido a conocer esta enfermedad, me he convencido bien de una verdad importantísima: que casi la única forma de cura es *el tiempo*; hay que aliarse con él y tener paciencia. La gente se muere de tuberculosis por ignorancia. Algunos también (y esto parte el alma) por pobreza. La tuberculosis atendida a tiempo, sin prisa, desconfiando de las falsas curaciones, se vence siempre. Casi todos los casos fatales vienen de que los enfermos al sentirse como estoy yo ahora, sanos en apariencia, vuelven a la vida corriente y en la mayoría de los casos al año y medio o dos años es la recaída, de la que ya no se sale. Yo tuve en el mes de diciembre una recrudecencia acusada en los análisis que me afligió bastante, pues a pesar de que me he acostumbrado a aceptar con valor "lo que venga", ese valor no dura las doce horas del día y sobre todo las de la noche. Hay el desvelo en donde el mundo subconciente se impone, con todos sus terrores y egoísmos y nos hace sufrir. Este primer mes del año 33 me ha sido por el contrario sumamente favorable. No quiero alardear pues parece que trae guiña, pero si sigo así, dentro de poco habré entrado en el período de convalescencia Esta, para consolidar la cura, debe ser larga. Yo me avengo mucho a cuidarme, pues para mi carácter es la vida ideal. No hay siquiera el peligro de caer en el egoísmo, pues por una

simpatía invencible que trae la misma enfermedad, vive uno pendiente de los otros enfermos, se sufre y se alegra uno con ellos.

He vuelto al Grand Hotel. Me había ido por economía a una clínica modesta donde se tenía en el fondo el mismo cuido de aquí. Pero era en los días cortísimos de invierno y me invadió "el caffard". Los amigos y amigas de aquí me sacaron de allá y casi a la fuerza me hicieron regresar al Grand Hotel. Aquí hay muchos halls, grandes salones, grandes restaurantes, gente rica y bien vestida, alegría toda para la vista, ¿pero creerá que tengo la nostalgia de mis amigos de la Richemond? Eran más interesantes que los de aquí porque eran de posición monetaria modesta y entre la pobreza y la enfermedad y la juventud también, se hace un ambiente espiritual lleno de belleza y de armonía. Quisiera escribir sobre los casos de la Richemond como yo los veía. Cuando salí de allá me prometí volver de visita muy a menudo, casi todos los días... Sin embargo tengo ya un mes aquí y no he sido capaz de volver una vez. ¿Hasta qué punto nos pone de imbéciles la vida mundana y confortable? Como Keyserling, creo que esta era del confort (él dice mecánica, es lo mismo) es la de la decadencia engreída: ¡volvemos a la barbarie!

Mi vida en el Grand Hotel es, además, de todo contraria al espíritu de previsión y economía; me cuesta carísimo y aunque trato de no salirme mensualmente de las entradas que tengo en Caracas, muy a menudo me extralimito. Quisiera regresar un tiempo allá e instalarme en Los Teques, el

bolívar no piensa subir y temo encontrarme adeudada.

Vamos a sacar unos retratos con M... y otros amigos exclusivamente para usted, para que le conste que desde lejos se le recuerda y quiere.

Muchos cariños para mi ahijadito, saludos a G..., y para usted todo el cariño y el aprecio profundo de su affma.,

Teresa

XXXV.

Leysin, 18 de julio de 1934

Querido amigo:

Hace un tiempo infinito que no recibo cartas ni noticias suyas. Después de mi última carta ya tan vieja no he tenido contestación. Hace tiempo que quería volver a escribirle pero tuve algunos contratiempos, me fuí de Leysin y así fueron pasando los días...

A principios de marzo me dió la bronquitis asmática que me ataca en todas las primaveras, pero este año fué más fuerte que nunca. Tuve fiebre y me vi obligada a quedarme en cama durante más de un mes. Por primera vez desde que estoy en Leysin, me sentí verdaderamente triste y descorazonada, púes pensaba que debía tratarse de una complicación seria que me escondían y veía sin resignación, la decadencia lenta, ence-

rrada, sin esperanza, hasta llegar al fin, ¡quién sabe entre qué sufrimientos! Perdí en gran parte el gusto por la lectura y me aburría en mi soledad llena de ideas negras. Afortunadamente este período de neurastenia o pérdida de la gracia, no fué muy largo. Cuando llegaron los días de sol, aun cuando la bronquitis seguía siempre lo mismo, empecé a cambiar, pude salir un poco y me demostraron con las radiografías que la bronquitis era banal y que el pulmón había seguido mejorando. Como no me gusta alarmar, a nadie había participado mis temores, de modo que esos días negros los pasé en la soledad más absoluta. Después recibí la visita de mamá, que se quedó aquí unas tres semanas y cuya presencia me hizo mucho bien. A fines de abril, como la bronquitis persistía y me molestaba mucho, me decreté yo misma que era necesario bajar a la planicie y aunque los médicos no eran de opinión de que lo hiciera, tanto discutí que por fin me lo permitieron: les dije que tomaba la responsabilidad que significaba el cambio de vida y de clima. El 10 de mayo me fuí a Lausanne con una alegría infantil, como cuando a los seis u ocho años me veía en coche con mis hermanos camino de la hacienda. Me instalé en un lugar llamado Ouchy cerca del lago, lleno de jardines, y poco a poco fuí sintiendo cómo volvía la salud, regresando a la vida. La cosa más trivial me llenaba de alegría: tomar un tranvía como todo el mundo, ir al cinematógrafo, pasear en vapor por el lago, todo me parecía nuevo como en los días de la infancia... Yo creo que después de tantos meses de esta vida de paz

tan bienhechora al principio para los que tienen sed de vida interior, se forma en el espíritu una especie de saturación de la que es menester salir para no caer en la neurastenia. Era esa mi teoría en abril y he visto por los resultados que tenía razón. En Lausanne se reunió conmigo L... C... que había pasado el invierno en Italia con su hermana, además, como es Lausanne un centro medical y universitario, siempre se encuentra gente amiga. Veía a menudo algunos venezolanos, con quienes pude hablar muy largo de Caracas, del de ahora y sobre todo del de antes, que es el que más me interesa. Hace unos días, ya entrado julio, en vista del calor he regresado a Leysin donde hay un tiempo fresco delicioso. Los dos doctores que me ven, están de acuerdo en decir que tuve mucha razón en haber tomado mis vacaciones y que el doble cambio me ha hecho un bien extraordinario. Ellos creen y yo también tengo la impresión de que nunca he estado más cerca de la curación. Usted sabe cómo es de tenaz esta enfermedad, yo la comparo siempre al juego del ánade que cuando ya se toca el fin, se vuelve para atrás... Por eso y por una especie de superstición no me gusta decir a los demás ni aun a mí misma que estoy cerca del término. Con usted hago, como ve, una excepción.

Cuando tenga un momento libre escríbame. Yo sigo siempre con el proyecto de ir a Caracas al permitírmelo la enfermedad. Si supiera qué emprendedora me siento, qué ganas tengo de atravesar el mar y llegar otra vez a tener a la vista el Avila.

Muchos saludos a G... y los muchachos. Para

mi ahijado muchos besos, y para usted el mismo afecto y profunda amistad de siempre.

Su affma.,

Teresa

XXXVI.

Leysin, 11 de enero de 1935

Querido amigo:

Me encuentro en París desde hace tres meses ya convaleciente del pulmón, pero sufriendo siempre del asma que me dejó la larga permanencia en la montaña.

Después de los años de ausencia, como salgo apenas, me puse desde hace unos días a revisar mi "archivo": recortes de periódicos, cartas y retratos, todo lo que forma ya para mí un pasado definitivo, en que los años de juventud se confunden con el entusiasmo ya apagado de la creación literaria. Después de mucho leer y clasificar por años, encontré un paquete de cartas del año 22, recogido en Macuto. Entre ellas la carta de "Angel Ruiz" que tanto me había entonces animado y conmovido... Fué una evocación dulcísima de aquellos tiempos: E... B..., la casa de los Guzmán, medio en ruinas en donde me escondía a escribir, el eco del mar, el aire tibio y hasta el olor salobre que me traía ensueños de tierras lejanas, de lectores en espera, y aquel Angel Ruiz que llegaba a anunciarme lo que yo creía una alucinación de mi amor propio: ¡el éxito literario!

La emoción con que leí ahora la carta de

Angel Ruiz fué tan grande y tan llena de profunda simpatía como la que experimenté aquel domingo en Macuto mientras miraba por la ventana abierta de mi escritorio en ruinas cómo temblaban las hojas del inmenso matapalo.

Entre esas ramas encontraban mis ojos todo lo que iba escribiendo María Eugenia Alonso. Ahora, doce años después, con la misma emoción y mucha melancolía pensé en el amigo que andaba perdido en la multitud y a quien no podía dar las gracias por la buena nueva que llegaba hasta mí. Y a pesar del olvido, a pesar de haber escrito ya dos veces sin resultado, resolví hacerlo esta tercera, no ya a Rafael Carías, sino al primer amigo, al más viejo: Angel Ruiz, por quien tengo un sentimiento de amistad tan puro y tan sincero.

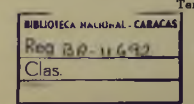
Tal vez no sean los tiempos muy halagüeños y por eso no escribe, pero piense que tampoco lo son para mí y que la prosperidad une menos que el infortunio. Déme noticias de usted y de los suyos y reciba, aunque tarde, para el año que empieza mis votos por la mayor felicidad posible.

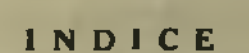
Me voy a fines de mes a España, pero aquí, en la nueva casa de mi hermana, dejo mis libros y muebles, y aquí puede escribirme. Espero que el clima templado de Barcelona o Málaga acabe de curarme.

Muchos saludos a G..., cariños a mi ahijado y para usted, Angel Ruiz, el mismo afecto y simpatía de los tiempos de Macuto y María Eugenia.

Su vieja amiga,

Teresa





# INDICE

Página

## CARTAS A DON RAFAEL CARIAS

ESTE LIBRO SE TERMINO DE
IMPRIMIR EN CRUZ DEL SUR,
EL 5 DE DICIEMBRE DE 1951.
CARACAS